Camillo Berneri

Escritos

V. Revolución Rusa

[Anarquismo en PDF]

CAMILLO BERNERI

ESCRITOS

(Tomo V – Revolución Rusa)

[Anarquismo en PDF]

Edición: *La Congregación* **[Anarquismo en PDF]**

Portada: Hangagud

Rebellionem facere Aude!

ÍNDICE

¿CON KERENSKI O CON LENIN? 5

LA CIUDAD Y EL CAMPO EN LA REVOLUCIÓN RUSA. FRACASO DE LA POLÍTICA DE LAS REQUISAS..... 11

ENSAYOS RETROSPECTIVOS. EL CAMPESINO RUSO ANTES DE LA REVOLUCIÓN.....21

LA PROPIEDAD TERRITORIAL EN RUSIA ANTES DE LA REVOLUCIÓN..... 29

LOS CAMPESINOS EN LA REVOLUCIÓN RUSA 1905-1906 39

LOS CAMPESINOS EN LA REVOLUCIÓN RUSA. DESDE EL ESTALLIDO DE LA REVOLUCIÓN HASTA LA CAÍDA DE KERENSKI..... 45

A PROPÓSITO DE NUESTRAS CRÍTICAS AL BOLCHEVISMO 55

EL ESTADO Y LAS CLASES 59

In memoriam Marco "Rap" Reyes (1992-2016),
compañere oluteco (Veracruz) de Anarquismo en PDF,
que huyó tan lejos que olvidó el camino de regreso.

Que la tierra te sea leve

¿CON KERENSKI O CON LENIN?[1]

LAS PEREGRINACIONES del Soviet por Italia han cesado. El Soviet, que dedicó todas sus energías, ejercitó toda su influencia con el fin de intensificar la agitación pacifista en el ejército y en las masas populares, al imponer al Gobierno una «paz sin anexiones ni indemnizaciones» expresó lisa y llanamente su pensamiento. Sus declaraciones merecen un amplio comentario porque tienden a precisar claramente las actitudes del Partido Socialista Italiano. EI Soviet, como se sabe, sostuvo al comienzo de su poder revolucionario la necesidad de la Conferencia Socialista por la Paz, fiel al concepto zimmerwaldiano de la guerra de clases como un «correctivo de la guerra del frente», criticó la obra de los aliados, afirmó que la sangre del pueblo ruso no debía ser derramada por los «objetivos imperialistas» de las potencias aliadas, deploró la actitud patriótica de los socialistas de la Entente; declaró, en definitiva, que la ofensiva era necesaria «para la defensa de la revolución, no para la defensa de la Rusia», y si lanzó llamamientos a los soldados fue siempre en nombre de las clases trabajadoras, de los partidos revolucionarios y no en nombre de los ideales nacionales y establecidos.

En Rusia, el ejército y las masas combaten abiertamente, entusiásticamente, por Lenin o por Kerenski.

En Italia, la lucha sólo vive como un reflejo, sobre un fondo político claroscuro, de medias tintas. La sombra de la media política envuelve los pálidos reflejos de este incendio lejano. Si los delegados del Soviet no escondieron su adhesión a la políti-

[1] Publicado en *Guerra di classe*, Bolonia, 6 de octubre de 1917. Extraído de *Humanismo y Anarquismo*, Ernest Cañada, Los libros de la Catarata. Traducción de Josep Torrell.

ca de Kerenski, los oradores socialistas italianos, en general, envolvieron con un espeso y reluciente nudo de frases que alababan la revolución y saludaban a los invitados, lo que debería haber sido una amplia y fecunda discusión orientada a precisar respectivamente las posiciones del Soviet y del Partido Socialista Italiano. Las masas fueron sinceras y lógicas, en su intuición, al afirmar su extremismo en muchos mítines con el grito de «Viva Lenin». El grito se repitió, siguió a los delegados del Soviet, fue una consigna, una respuesta general, sencilla y entusiasta, y también una protesta ante los discursos de los socialistas rusos. Los dirigentes socialistas, salvo alguna rara y loable excepción, estuvieron por debajo de las masas socialistas, no supieron, no quisieron levantar abiertamente, ante la multitud y ante los adversarios, la discrepancia entre su neutralismo y el intervencionismo del Soviet. En Turín, el honorable Turati en su discurso de saludo a los miembros del Soviet tuvo la sinceridad, la honradez de decir lo que pensaba, haciendo así una excepción a la generalizada verbosidad de la acogida del socialismo oficial: «No es con una paz de cansancio y abdicación, con una paz precipitada, impuro beneficio del militarismo más poderoso y más desvergonzado, no es con una paz de este género con la que la democracia socialista podría garantizar la paz duradera a los proletarios de la tierra». Así habló Turati y salta a la vista de los más miopes la profunda, absoluta discrepancia existente entre él y cuantos como él manifiestan un neutralismo —si es que se le puede llamar así— oscuro y contradictorio, y la mayoría del Partido Socialista.

Si Turati alabó a los delegados del Soviet por «no haber renegado de la patria rusa ni haber renunciado a defenderla», Treves ha hablado varias veces en la misma línea que Turati, reprochando a la dirección del partido su tendencia al leninismo, y sin ahorrar fervientes elogios a Kerenski. ¿Y el partido? ¿Cómo se puede conciliar la manifiesta simpatía del *Avanti!* y de la mayoría socialista por Lenin y su actitud política con las afir-

maciones de aquellos que fueron hasta ayer, y siguen siendo, si no los verdaderos intérpretes del Partido Socialista, sí sus exponentes oficiales?

Esta actitud, que recoge aplausos de los socialistas italianos, sufrió una imprevista y radical transformación con la amenaza de una catástrofe nacional en la que el Soviet vio amenazado el estado socialista. Y he aquí, después de esta metamorfosis latente, la política colaboracionista del Soviet, que contrasta enormemente con el que debería ser su programa rígidamente socialista e internacionalista. El Partido Socialista italiano, en sus múltiples y amistosos contactos con los delegados rusos, ha permanecido en un estado crítico, en una posición mal definida, ambigua. El Partido Socialista no supo o no quiso declararse extremista, partidario de Lenin, y en la entusiasta acogida a los delegados del Soviet, que están con Kerenski, ha demostrado que olvida todas las discrepancias, incluso las que como ésta son gravísimas, para aplaudir a los representantes de la Rusia revolucionaria. Por el contrario, era necesario aclarar su propia posición ante los seguidores de Kerenski y los de Lenin, seguidores numerosos y combativos que forman dos auténticos partidos en lucha, enemigos. Estas dos corrientes amplias e impetuosas, corren y se entrecruzan en mil sentidos, bajo mil aspectos, y es difícil, para nosotros que vivimos fuera y lejos del mundo político de Rusia, poder juzgarlos con conocimiento de causa, penetrando en el alma de los partidos, siguiendo el desarrollo de los acontecimientos políticos desde su origen. No obstante, es evidente qué íntima relación hay entre la situación interna de Rusia y la de Italia, frente a la guerra, y qué afinidad de discrepancias teóricas, de contrastes prácticos existe entre la neutralidad absoluta, rígidamente internacionalista y revolucionaria, y la neutralidad que flirtea con la política estatal, un colaboracionismo que sacrifica, con una renuncia desprovista de reservas, lo que debería ser un patrimonio inexpugnable de principios y de actitudes de izquierda. El valor político atribui-

do a la *tournée* de los delegados del Soviet pone de manifiesto que la posición del Partido Socialista ruso ante la guerra y los graves problemas prácticos que ella plantea, es paralela a la italiana. El hecho de que hoy, en Italia, haya partidarios de Lenin y de Kerenski viene a demostrar que las amplias y graves luchas internas de Rusia son la expresión, la manifestación de un antagonismo que supera el círculo de los contrastes ambientales hasta llegar a abrazar, a incluir, las discrepancias más amplias, las luchas más graves y los problemas más críticos.

¿Se está con Kerenski, con el dictador establecido, *jusqua-boutiste*[2], o se está con Lenin, internacionalista, revolucionario?

¡Responder a eso, decantarse por uno o por otro, no es cosa fácil ni oportuna para los Turati del socialismo oficial! Kerenski y Lenin son la expresión, diría incluso la encarnación, de dos programas diametralmente opuestos, que no tienen puntos de contacto, que se excluyen recíprocamente; y declarar la propia solidaridad con uno o con otro, significaría definir con claridad la propia posición política ante la guerra, enfrentarse al juicio de los partidos, de las masas, del país. El neutralismo vacilante, la oposición contra la guerra llena de reservas, de contradicciones, de sutiles, refinadas distinciones teóricas de algunos líderes de nuestro socialismo, sirven para mantener aquel equilibrio acrobático que permite conservar la propia posición, en el partido y fuera, sin tener problemas con las masas, sin enfrentarse cara a cara con los adversarios. ¡Ésta es la dolorosa, vergonzosa realidad!

Turati está lejos del alma de la masa socialista, lejano y opuesto, y con él muchos otros.

Es necesario que el Partido Socialista se afiance fuera del grupo parlamentario y de la dirección, y escoja la vía del combate y establezca un objetivo claro para sus esfuerzos. ¡O con Kerenski, o con Lenin!

---

[2] *Jusqu'au-boutiste*: que crece hacia medidas extremas, sean cuales sean las consecuencias.

Ésta es la fórmula, éste es el dilema. Frente a los actuales acontecimientos, la adhesión a la política de Kerenski incluye la adhesión a la guerra de la Entente, encierra el programa de la democracia guerrera, el *jusquaboutisme* de los Hervé, el colaboracionismo ministerial de los Sembat, de los Guesde, de los Bissolati.

Si se está con Kerenski no se puede ni se debe desarrollar entre las masas la propaganda por la paz inmediata, sino que se debe colaborar más bien con las clases dominantes y con los gobiernos y unir el propio trabajo al de los que apoyan la victoria de la Entente y del aplastamiento de los Imperios Centrales. Si se está con Lenin es preciso tener la honradez de decirlo y el coraje de demostrarlo. No basta con defender a Lenin de las calumnias de la prensa amarilla; si se siente íntimamente, es preciso afirmar la propia solidaridad con él y realizarla en la propia actividad política, sin reservas oportunistas.

¿Querrá la mayoría del Partido Socialista escindir la propia posición, emanciparse de la tutela de sus representantes que no interpretan su pensamiento ni su voluntad? Si quiere, sabrá hacerlo.

La discrepancia no es teórica, no se presta a disquisiciones académicas, ha abandonado la asamblea, el congreso, para salir a la calle en dos corrientes opuestas que están a punto de enfrentarse, no de fundirse, más bien de desbordarse. No bastan ya los inseguros diques de la política que todo le acomoda. ¿Con Lenin o con Kerenski? ¡Es la hora de elegir porque es la hora de luchar!

Lenin y Kereski son nombres que encierran dos programas opuestos y bien definidos, son los estandartes de dos ejércitos de ideas y de voluntades que están a punto de enfrentarse. El Rubicón del neutralismo al estilo de Turati les separa. ¡Que tiren los dados! Las multitudes tienen necesidad de ser guiadas por capitanes que tengan un objetivo claro y una sola palabra; los Hamlet deben ser abandonados para las eternas dudas doc-

trinales. Es la hora de la acción, a las masas no les gusta jugar a la gallinita ciega, caminando a tientas en la oscuridad de las posiciones equívocas, es preciso enfrentarse al adversario con las fuerzas compactas, con una fe, con una voluntad única para no tener remordimientos mañana y no tener que dar cuentas al pueblo —que llamará al estrado junto a los gobernantes, a los hombres de partido— de estas renuncias a la lucha, de estos confusionismos teóricos, de estas abstracciones cínicas de una realidad viva y terrible. ¡Con Lenin y por la paz inmediata, o con Kerenski y por la continuación de la guerra! Este es el dilema de los dirigentes del partido socialista, ésta es la encrucijada de los avances proletarios, y nosotros, que sostenemos la necesidad de una unión revolucionaria, esperamos una respuesta definitiva para ofrecer nuestra solidaridad.

¡Esperemos que los dirigentes del Partido Socialista no sigan siendo oráculos griegos!

LA CIUDAD Y EL CAMPO EN LA REVOLUCIÓN RUSA. FRACASO DE LA POLÍTICA DE LAS REQUISAS[1]

EL SISTEMA BOLCHEVIQUE de las requisas agrícolas ha sido una de las principales causas de la grave dificultad de reconstrucción económica en que se encuentra la revolución rusa. La actual escasez se debe a la sequía, pero es también debida a los métodos jacobinos usados en la requisa de los cereales y el ganado, métodos que han llevado a una enorme disminución de la producción agraria y han provocado el grave antagonismo entre el campo y la ciudad, que ha sido, como en todas las revoluciones, uno de los más grandes obstáculos para el desarrollo de la revolución rusa. En muchas regiones el hambre se ha extendido, en las ciudades y en los campos, mucho tiempo antes de la actual gran escasez: en el campo fue causada por los absurdos y brutales métodos de requisa y en las ciudades por el boicot de los campesinos, consecuencia directa de las represalias bolcheviques.

Para que puedan caber en los límites de un artículo de diario, escogeré los datos más interesantes y, para evitar dudas sobre las fuentes de información, me limitaré, salvo algunas excepciones necesarias, a los documentos de origen bolchevique.

Antes de entrar a hablar de las requisas, creo necesario hacer unos rápidos apuntes sobre la actitud asumida por los bolcheviques frente a las masas rurales, y especialmente frente a los pequeños y medianos propietarios. Antes aún de que estallase la revolución, los bolcheviques sentían una gran aversión por estas clases de propietarios de campaña, a los que conside-

[1] Extraído del periódico *La Protesta*, número 3, del 23 de enero de 1922.

raban como «pequeños burgueses rurales». No tenían en cuenta el hecho de que estos *pequeños burgueses* rurales constituían el 90 por ciento de los campesinos rusos. Mientras que los socialistas revolucionarios reconocían en la clase media de los campesinos una masa capaz de participar, más o menos directamente, en la revolución, los bolcheviques, fieles a la concepción industrial de la vida económica y de las luchas sociales, propia de la escuela marxista, persistieron en esta apriorística posición de desconfianza, posición que luego debía convertirse en una abierta y despiadada hostilidad, a los primeros choques entre las ciudades y las campañas.

Esta actitud de los bolcheviques tuvo sus primeras manifestaciones después del golpe de estado de octubre, que llevó a la disolución de las organizaciones de reaprovisionamiento creadas bajo el gobierno de Kerenski, y obligó a los bolcheviques a organizar apresuradamente secciones destinadas a este fin.

Más tarde, el trabajo de estas secciones fue coordinado y centralizado en los llamados soviets de la economía nacional.

A los primeros signos de desconfianza de parte de los campesinos y a las primeras manifestaciones de indiferencia y egoísmo, los bolcheviques declararon la guerra a la campaña, iniciando su cruzada de abastecimientos.

Fue creado el sistema de las compañías militares de requisición y de aprovisionamiento que recorrían en todos sentidos las gobernaciones, llevando banderas con inscripciones de esta naturaleza: «¡No dejaremos morir de hambre a los obreros! ¡Castigo implacable a todos los que esconden el trigo!» (Ver *Comune del Nord*, nº 71, 1918). Estas expediciones fueron organizadas en vasta escala. Hasta el primero de abril de 1919, la oficina militar de reaprovisionamiento envió a las diversas gobernaciones 255 compañías militares de reaprovisionamiento. (Ver nº 73 de *Comune del Nord*, 4 de abril).

¿En qué condiciones se encontraban las campañas? En muchas regiones los campesinos no daban su contribución a las

ciudades porque también ellos estaban afligidos por la escasez. No sólo Petrogrado y Moscú estaban hambrientos. Algunos distritos cercanos a estas ciudades, sujetos a continuas escaseces desde antes de la revolución, estaban en condiciones muy críticas. En el Congreso de los Soviets de la Economía Nacional, que se efectuó en febrero de 1919 (ver nº 37 de *Comune del Nord*, 16 de febrero, 1919), el representante del distrito de Lodeinoia Polia declaraba que en algunas comunas los campesinos morían de hambre y estaban reducidos a alimentarse con musgos y otras hierbas. El Comité Científico y Técnico del Comisariado de los Aprovisionamientos, dirigía a los habitantes de los distritos un manifiesto, en que los invitaba a alimentarse con ortigas y otras hierbas, y daba instrucciones a este respecto. (Ver nº 140 de las *Izvestia*[2]). También en las capitales de las gobernaciones, como Riazán, faltaban el trigo, la harina y las materias grasas, de modo que los médicos constataban una espantosa mortalidad infantil. (Nº 417 de las *Izvestia*). El pan faltaba pues, no sólo en las grandes ciudades, sino también en algunos distritos del centro y del norte de Rusia.

Además, la campaña estaba desprovista de objetos domésticos y de instrumentos de trabajo. En muchas aldeas faltaban completamente los productos manufacturados, el calzado, los fósforos y hasta la sal. Hasta los órganos bolcheviques reconocían que en lo referente a las reservas y a los reaprovisionamientos de objetos agrícolas la situación de la campaña era muy difícil. (Nº 55 de *Vita Economica*, 12 de marzo; *Izvestia*, 14 de marzo 1919; Relación del Congreso Provincial de los Soviets, nº 115 del *Pravda*, 1919; Congreso del Soviet de la Economía Nacional, marzo 1919; nº 56 *Golos Trudovovo* Krestianstva, 14 marzo 1919).

Este rápido examen de las condiciones generales agrícolas de Rusia, explica toda la serie de rebeliones de campesinos,

[2] *Izvestia* es un periódico diario de alta circulación desde hace mucho tiempo en Rusia. [N. de la E.]

causada por el hambre, acaecidas en varios distritos, como Dimitrovo, Jaransk, y en varias gobernaciones, como la de Riazan, Viatka, Krostroma, etc. (Ver *Izvestia* nº 133; nº 450 del Comité Estatal Provincial; números 15, 567 y 27 del Comité Central Ejecutivo, etc.). Es obvio notar que este estado de cosas en los campos habría requerido un cambio de productos, que se hizo imposible por la coincidencia de la crisis industrial con la agrícola, y un muy distinto sistema de requisa, hecho imposible por el criterio jacobino del gobierno bolchevique.

¿Cómo se hacían, efectivamente, las expediciones militares para el aprovisionamiento? ¿Y cómo funcionaban los Soviets rurales? ¿Cómo domaban las insurrecciones de los campesinos las compañías militares de represión? Procuraré responder en orden a estas preguntas.

Los destacamentos encargados del abastecimiento no estuvieron en condiciones de cumplir su misión. Los medios usados están patentes en esta nota oficiosa (*Izvestia* nº 148): «En los distritos de Novosselia, cuando fueron a tomar los granos, hubo rebeliones de campesinos; pero después que la tropa hubo demostrado, con hechos, la fuerza del poder sovietista, los campesinos encontraron no sólo granos, sino también dinero para el Soviet».

Pero más que los medios usados importa el resultado de estos medios. Y el resultado no podía ser peor. El bolchevique Ivanoff, en el congreso Provincial de los Soviets, que tuvo lugar en Moscú en 1919, presentó una relación (ver *Pravda*, nº 105, 14 de mayo) en que demostraba «la imperfección de las medidas tomadas para el aprovisionamiento». Aun cuando en un brevísimo espacio de tiempo fueron enviados, con las compañías de aprovisionamiento, más de 30.000 hombres, los resultados de estas expediciones fueron desastrosos. Muchos jefes de los escuadrones de aprovisionamiento, casi todos oficiales del viejo régimen, se entregaron a las más mezquinas especulaciones, algunos abandonaron a las tropas, y los restantes,

algunos millares de obreros, se dispersaron en diversos distritos, para reprimir las revueltas de los campesinos. Los resultados positivos de esta política de requisa, fueron que en diez meses del año 1918 no se recogió más que 10.000.000 de *puds* de granos. (Discurso del comisario Svidersky, *Comune del Nord*, 4 abril, nº 73). Los resultados negativos que se hicieron sentir ya hacia el final de 1918 fueron tristísimos. Los campesinos, espantados por los destacamentos de requisa, sembraron el grano en cantidad menor. Así, según los datos del Mensajero del Comisariado del pueblo para la agricultura, en las 28 gobernaciones de Rusia la superficie de tierra sembrada disminuyó de 37 a 32 millones de *desiatinas*, con una pérdida de 170.000.000 de *puds* de grano y de salvado. (Ver *Vita Economica*, nº 54, 1919). Además, el deterioro de las máquinas agrícolas, la falta de ganado y de semillas, etc., hicieron que la cosecha fuese aún menor. Por ejemplo, la gobernación de Tambov, que en general daba un excedente medio de 20.000.000 de *puds* de granos, fue castigada por la escasez. (*Izvestia*, nº 417). A otros errores en la requisa llevó la tentativa de organizar factorías productoras de leche. Por orden del Comité Ejecutivo se hizo una gran requisa de vacas, pero, no habiendo sido prevenida a tiempo la sesión agrícola, no fueron preparados los locales ni los forrajes, de modo que la mayor parte de las vacas requisadas pereció, por el frío y por la insuficiente alimentación. (Nº 56 del 15 de marzo, *Golos Trudovovo* Krestianstva). Otros graves perjuicios produjo en las factorías productoras de leche la requisa del ganado para el aprovisionamiento del ejército. La requisa fue excesiva, como resulta de estos datos: requisa del ochenta por ciento de los caballos, del 58 por ciento de los bueyes, del 75 por ciento del ganado lechero. (*Vita Economica*, 4 marzo 1919).

Ante los resultados de tales sistemas, apareció la necesidad de un cambio radical en las requisas. En la conferencia de los sindicatos obreros de Moscú, que tuvo lugar a principios del

mes de marzo de 1919, se dijo que la experiencia había demostrado la absurdidad del envío a las aldeas de los destacamentos de requisa y que era necesario convencer a los campesinos, no con la bayoneta sino con la persuasión. La relación concluía así: «Los campamentos de requisa no podrán, por sí solos, salvar la situación. Toda la política debe ser cambiada radicalmente. El resultado de la actual política es la desaparición de los víveres en las localidades reconquistadas, que antes ignoraban lo que era el hambre» (*Vita Economica*, 7 marzo 1919, nº 52). Visto que con la violencia, la política de requisas no tenía éxito, el gobierno bolchevique empezó a comprar los productos agrícolas. Pero cayó en un nuevo error: el de pagar demasiado poco. Los precios fijados para el grano, por ejemplo, fueron levemente aumentados en comparación con los de antes de la revolución, mientras los precios de los productos industriales habían aumentado 30 y 40 veces. (*Izvestia*, nº 443). El bolchevique Arsky confesaba en *Izvestia* (ibíd.) que «lo que mayormente perjudica es la desproporción entre los precios fijados para el grano, ya viejos, establecidos mucho antes del golpe de Estado de octubre, y los altísimos precios fijados para los productos industriales». De la relación de «Centrolino», publicada por *Vita Economica* (nº 56, 14 de marzo de 1919) resulta que la cosecha de lino fue, en el año 1918, en 28 gobernaciones de Rusia, de 10.000.000 de *puds*, pero que el «Centrolino» no pudo recoger más que 850.000 *puds*, y los órganos de adquisición de las instituciones sovietistas no más de 7000.000 *puds*. La exigüidad de la cosecha de lino se explica lo mismo que la del grano: por los precios demasiado bajos. El resultado fue que 9 millones de *puds* de lino quedaron en los campos. Es inútil observar que el fracaso de la política de las requisas trajo consigo el fracaso de la política de aprovisionamiento.

Tratemos ahora de los Soviets rurales. Para tener idea de cómo funcionaban algunos Soviets comunales, es suficiente

esta descripción hecha por Kerjenzeff en las *Izvestia* (22 de enero de 1919): «Los datos sobre la actividad de los Soviets comunales de la villa de Urén, trazan un cuadro espantoso que sin duda es típico también para muchos otros lugares de las provincias rusas. El presidente del *Ispolkom* (Comité Ejecutivo) de Urén, señor Reshaleff y sus ayudantes más próximos en el Soviet, hicieron todo lo que pudieron para sublevar la población contra el poder del Soviet. Reshaleff mismo, en estado de embriaguez, a menudo hizo sublevar a los habitantes de su pueblo. Las masacres de los solicitadores que se dirigían al Soviet eran un hecho común. Así, en la aldea de Berezwka, por ejemplo, los campesinos eran tomados a puñetazos y a palos. Estos desventurados fueron descalzados y encerrados en celdas, sobre el suelo húmedo. Hay miembros del *Ispolkom* de Varnavish, Galakhoff, Morev, Makhoff, etc., que se han distinguido en ese arte, en un modo realmente especial. Ellos organizaban requisas —que en realidad no eran más que vulgares saqueos— durante las cuales fueron empleados garrotes envueltos en alambre. Las varias declaraciones de los testigos, verificadas por la comisión, trazan un cuadro terrible de las violencias cometidas. Así, cuando los miembros del *Ispolkom* llegaron a Sodomovo y empezaron a golpear a los campesinos, aprovecharon también para requisar entre la población, no sólo el trigo, sino todo lo que encontraba en las casas. Tomaban la manteca, el vino, los arneses de los caballos, vestidos, etc. Naturalmente nunca dieron recibo de los objetos tomados (ni siquiera por el trigo). No se pagó nada. El trigo, apenas requisado, se vendía inmediatamente».

El bolchevique Latris, en el nº 15 de las *Izvestia* (enero 1919) narra que en el distrito de Bielsk, gobernación de Witebsk, por orden del Ispolkom, los campesinos fueron golpeados con látigos. El bolchevique Krivoscenoff, en el nº 402 de *Comune del Nord* (19 mayo 1919) dice que: «Los miembros del Soviet toman a los campesinos: gallinas, ocas, trigo, manteca, sin pa-

garles nunca. A algunos se les quita los colchones, el samovar y todo lo que se pueden llevar sin pagar nada, con gran desesperación de la pobre gente. Esto ha hecho nacer en el campesino una gran irritación contra el poder sovietista».

La asamblea rural de una comuna de la gobernación de Kostroma dirigió a Lenin una moción (*Izvestia*, nº 15, 1918) en la que se lee lo siguiente: «Los miembros de los Soviets nos arruinan, nos violentan y juegan con nosotros como si fuésemos brutos sin inteligencia».

La ausencia de ideas y de principios en los miembros de los Soviets ha sido muchas veces confesada por los diarios oficiosos como las *Izvestia*: «Los colaboradores de las instituciones soviéticas toman parte activamente en la especulación. Todos los esfuerzos del Consejo Superior de la Economía Nacional en su lucha contra la especulación son vanos. Y esto acaba por arraigar en los especuladores sovietistas la idea de su absoluta impunidad. Los comunistas locales, miembros de los Soviets, se conducen, en la mayoría de los casos, de un modo innoble. Los abusos son innumerables». (Relación de Sosnovky sobre la gobernación de Twer, *Izvestia*, nº 98, 9 de mayo).

Las *Izvestia*, en el nº 13 (enero 1919), publica que: «el bolchevique Odinzoff, miembro de la delegación ucraniana para la paz, ha sido arrestado por especular en granos y otras mercancías». Y en el nº 115, 24 de mayo: «en la estación Tosno había sido arrestado casi todo el soviet local. Sus miembros estaban acusados de haber tomado parte en la especulación, entregando certificados de partida, de acuerdo con los traficantes de mercados clandestinos, etc.».

En casi todos los números de las *Izvestia* se leen noticias de especulaciones y de abusos de parte de los miembros de los soviets rurales o de la comisión extraordinaria de los distritos. (Ejemplos: la causa de los comisarios Bogdánoff y Sáitzeff, nº 15 de las *Izvestia*, 1918; las de Lebedeff, ídem, etc.).

Los métodos de requisa que empleaban las expediciones de aprovisionamiento y los abusos y las prepotencias de muchos miembros de los soviets rurales condujeron a las numerosas y graves rebeliones armadas contra los Soviets, que se propagaron en 1919 en 66 distritos, combatiendo a los destacamentos de represión que entraban en las aldeas en revuelta y fusilaban a los insurgentes, sembrando el terror e intensificando la aversión de los campesinos por el régimen bolchevique. Las *Izvestia* de 1918 y 1919 están llenas de noticias de represiones sangrientas. A las requisas se agregaron las contribuciones forzadas. De octubre de 1917 a noviembre de 1918 fueron exigidos a los campesinos de los distritos y a las comunas, 70.000.000 de rublos. (*Vlast Sovietoff*, 10 de marzo de 1919). Para vencer la resistencia de los campesinos, fueron creados los llamados «Comités de Miseria» que no hicieron más que agudizar la hostilidad de los campesinos acomodados contra el régimen bolchevique, sin satisfacer a los propietarios de la campaña. Los daños causados por estos comités fueron tantos que el quinto Congreso de los Soviets decidió suprimirlos.

Después de este sucinto examen de la política de requisas del gobierno bolchevique no parecerá exagerado lo que escribe en *Avenire Anarchico*, de Pisa, el compañero Hugo Treni, en una correspondencia de Moscú: «Se exterminaba a estos pobres desgraciados después de haberlos despojado de todo su haber, hasta de lo más necesario para su existencia, después de haberles quitado hasta las semillas, la pequeña cantidad de grano necesario para llegar a la nueva recolección, y cuando habían sido despojados de todo, no contentos aún, se les atormentaba con nuevas requisas, porque se decía: los campesinos son unos egoístas, son los saboteadores de la revolución, quieren matar de hambre a las ciudades, tienen escondida toda la cosecha para especular con ella, representan, en suma, el espíritu contrarrevolucionario, el espíritu conservador contra el espíritu revolucionario de la ciudad, y contra ellos todo está

permitido, cualquier abuso es excusado, elogiado. Se combatía por el bien de la revolución, contra los pequeños y los grandes defensores de los propietarios campesinos, se combatía a los hambreadores de la revolución, los más temibles enemigos de ella; y con este preconcepto de que el campesino no puede sentir las ideas revolucionarias, se le atormentaba cruelmente».

Los errores de la política agraria del gobierno bolchevique han sido reconocidos por los mismos dirigentes del Partido Comunista ruso y si he hablado de ellos es simplemente porque persisten muchos erróneos puntos de vista respecto a las relaciones entre las ciudades y los campos en período revolucionario. Creo interesante el asunto y me prometo ilustrarlo más ampliamente, por partes, las principales manifestaciones de la actividad bolchevique en los campos.

Del examen de estos errores es preciso sacar enseñanzas para el futuro. La revolución rusa es un vasto campo de experiencias comunistas que merece el mayor interés.

ENSAYOS RETROSPECTIVOS. EL CAMPESINO RUSO ANTES DE LA REVOLUCIÓN[1]

UNO DE LOS ERRORES en que han caído casi todos los críticos de la revolución rusa, ha sido el de juzgarla basándose en el examen de sus actuales condiciones de desarrollo sin compararlas con las condiciones anteriores a la revolución. Para evitar que nuestra crítica a la política agraria bolchevique sea exagerada hasta desvalorar, por sobre las intenciones, en los efectos prácticos, la revolución rusa en su conjunto, creo útil trazar, a grandes rasgos, un cuadro general de las condiciones prerrevolucionarias del campesino ruso.

Ante todo es necesario notar que la actual escasez sólo en una pequeña parte se debe a la revolución. En la historia de Rusia abundan los periodos de escasez, tan grandes y terribles como el actual. Para no engolfarme en la historia, recordaré uno de los últimos, el de 1898. En un número de la *Lettura* de 1901 se leen estas noticias:

> «El hambre es la primera y mayor plaga de Rusia. En 1898, según las estadísticas oficiales y las publicaciones de personas competentes que han viajado y visto, las personas castigadas por la escasez fueron 16.371.000; de estas, 6.711.000 fueron presa de una miseria absoluta; 5.895.000 de una escasez grave y 3.765.000 de una escasez menor. La miseria de tantos infelices era espantosa».

[1] Extraído del periódico *La Protesta*, número 7 del 19 de febrero de 1922.

En abril de 1907, las campiñas rusas, en muchas regiones, agonizaban de hambre.

En la gobernación de Kazán, la población tártara vendía las muchachas a 75 y 100 rublos cada una. De los períodos de escasez no se libró ni siquiera la región de la Tierra Negra, que es, como se sabe, el granero de Rusia. Esta inmensa zona agrícola se extiende desde el gran codo del Volga, en Kazán, a través de las cuencas del Don, del Donetz, del D'nieper, del Bug y del D'niester hasta las fronteras de Galitzia, de Bucovina y a Kiev y a Odesa. Se calcula en 600 ó 700 mil, y hasta en un millón de kilómetros cuadrados, la superficie de esta excepcional región agrícola, en la que la lenta descomposición de las hierbas de la estepa ha formado un estrato de humus de una profundidad que varía de 50 centímetros a un metro y medio. Se trata, pues, de un terreno muy fértil. Pero esta tierra es más pródiga que rica; su producción depende de las condiciones climatéricas. En efecto, la producción de cereales en esta región es muy irregular y las penurias son más frecuentes que en las otras regiones agrícolas de Europa. La miseria, pues, es en Rusia, hasta en las regiones agrícolas más ricas, un fenómeno periódico de cierta frecuencia y de gran gravedad.

Pero, aun independientemente de la crisis de escasez, las condiciones del campesino ruso eran míseras. Es necesario ahora considerar que la gran mayoría de la población rusa vive en el campo. Solamente una décima parte de la población habita en los centros urbanos; el resto habita en las aldeas y en las campiñas. Nowicow habla de 116 millones de habitantes de las aldeas.

¿Cuáles eran las condiciones de los campesinos rusos bajo el antiguo régimen? Los datos que tengo a mano son de 1905, pero no creo que sean demasiado viejos, dado que de aquella época a la caída del régimen zarista, los años que han pasado no son tantos como para ser posibles grandes transformacio-

nes. A creerlo así me induce el carácter estático de la vida de las aldeas, que Nowicow describe así:

> «En todas partes la aldea se queda atrás, pero nunca tanto como en Rusia. Hoy, en el siglo veinte, en muchas aldeas la iluminación no ha llegado aún al petróleo, porque este es demasiado caro. Hay aldeas absolutamente analfabetas. Hay regiones en el centro de Rusia, en las cuales una carta dirigida a un campesino no llega a manos del destinatario más que por combinación, es decir, cuando él o algún conocido suyo hacen algún reclamo especial al correo. En todas partes los vestidos son tejidos con hilos extraídos de las plantas del propio campo. No se come carne sino allá donde se poseen rebaños. En suma, la aldea rusa vive hoy como vivía hace cien años».

A la conservación de este carácter primitivo de la aldea rusa ha contribuido la naturaleza del país: grandes selvas, muchas de ellas sin senderos, algunas aún vírgenes, de una extensión de 40 a 50 verstas (la versta tiene 1.067 metros); inmensas llanuras esteparias; territorios palúdicos, etc. De aquí los pocos caminos, impracticables en invierno, y las grandes distancias entre aldea y aldea (distancias medias de 5 a 10 verstas). Estas distancias se vuelven un peligro en el invierno. En efecto, son frecuentes en las campiñas las muertes por aterimiento de las personas que tienen que recorrer grandes distancias (médicos, parteras, carteros, popes, etc.).

¿Cómo se presentaban, hasta 1905, las aldeas rusas? Eran muy uniformes y míseras. Casi todas formadas por casas de madera. Sólo en el sur había casas de piedra. En el centro las aldeas estaban formadas por cabañas de tablas delgadas y recubiertas de paja, por lo que eran frecuentes y desastrosos los incendios. La suciedad era enorme. No había caminos empedrados y los carros se hundían en el fango hasta el eje, de modo que muchas veces era necesario desatar los caballos para

desencajar el carro. En Tamboff, cuenta Nowicow, en los límites de la ciudad, un caballo quedó enterrado en el fango.

Las habitaciones de los campesinos eran misérrimas. La cabaña del campesino tenía una extensión de cuatro o cinco metros cuadrados. La puerta era baja. A menudo el piso era la tierra desnuda y el techo tan bajo que un hombre alto no podía estar de pie. La cuarta parte de la cabaña estaba ocupada por la estufa —que servía para cocer la comida, hacía de horno para el pan, servía para el lavado, para el baño y de sofá para los viejos—. En la estufa quemaban leña mientras había, y después paja y estiércol. Toda la familia del campesino vivía en una sola habitación. Estas cabañas eran las casas ordinarias de los campesinos de la Rusia central. En la Pequeña Rusia las cabañas eran más grandes y estaban divididas en dos o tres piezas.

Estaban muy difundidas entre los campesinos las enfermedades contagiosas, especialmente la sífilis. Había muchos raquíticos y las enfermedades ginecológicas eran muy comunes.

El campesino ruso comía muchísimo pero muy mal. La carne era un lujo que se concedía veinte o treinta días por año; habitualmente se alimentaba de sopa (hojas de col con leche aguada), pan negro, patatas y calabazas. En las regiones industriales y boscosas estaba difundido el uso del té, que se bebía sin azúcar. Mordían lentamente pequeños trozos de azúcar, el que servía muchas veces para engañar el hambre. La leche se vendía toda y no se les daba a los niños.

La mala e insuficiente alimentación, el excesivo trabajo y las habitaciones antihigiénicas eran causa de muchas enfermedades. A estas se agregaba el hecho de que el campesino no sabía curarse. Nowicow habla de campesinos que tragaban las cataplasmas y se untaban el cuerpo con las medicinas que hubieran debido beber; tomaban de una sola vez lo que se les había prescrito tomar en una semana; que en vez de aplicarse las sanguijuelas las sujetaban a la pelliza. La asistencia sanitaria era mínima.

El campesino recorría veinte o más verstas de camino para encontrar un médico, pero muchas veces debía renunciar a ser visitado y curado. Sustituían a los médicos los hechiceros con sus frases taumatúrgicas, sus signos cabalísticos y sus mixturas muchas veces mortíferas. En los casos de parto difícil era frecuente la costumbre de echar agua en la boca de la parturienta, de pasarle un huevo sobre el vientre y obligar al marido a saltarle sobre las piernas. Después del parto la mujer era colgada por los pies, con la cabeza hacia abajo.

¡Al hijo, una hora después de haber nacido, se le echaba en la garganta un pedazo de pan negro triturado para pulirle el estómago! La mortalidad infantil era enorme, y de aquí la selección, que produjo siempre la ilusión de la robustez del pueblo ruso.

El trabajo se hacía en condiciones pésimas. Es preciso observar a este respecto, que si en los países de agricultura intensa y de clima benigno el trabajo de la tierra dura todo el año, en Rusia dura sólo un semestre. Cuando la tierra está helada los trabajos agrícolas son suspendidos. Durante la recolección de los granos, que dura un mes, los campesinos deben trabajar también de noche (las noches de luna) durmiendo dos o tres horas solamente. También es necesario tener presente que, a excepción de la mondadura mecánica del grano, los trabajos agrícolas eran todos hechos a mano, al menos hasta 1905. Durante el invierno muchos campesinos se trasladaban a la ciudad en busca de trabajo.

La desocupación, el prolongado estrés, la miseria continua, el hambre frecuente, pesaban sobre la vida de las campiñas rusas.

En esta rápida reseña sobre los aspectos de la vida rural prerrevolucionaria, he usado el imperfecto, pero quizá hubiera podido en muchos casos usar el pasado próximo. Desde 1905 al estallido de la revolución debe haber habido progresos en las condiciones de vida y de trabajo de las masas rurales, pero no tales, por cierto, como para tenerlos en cuenta en el examen de

las actuales condiciones. En efecto, en una correspondencia de Rusia (*Avanti!*, septiembre de 1921), se lee esta descripción de la región del Volga central:

> «Nos acercamos al río y he aquí que del muelle sale un vaho fétido y sofocante que casi corta la respiración. Y me vienen a la mente las recomendaciones, que se me hicieron repetidas veces, de no detenerme demasiado en la orilla del río y de no acercarme a él muy a menudo. Es necesario decir que toda la región del Volga central y bajo, está infectada de fiebres palúdicas. En efecto, poquísimas son las fisonomías sanas que se encuentran en la ciudad y en los campos. Caras amarillentas, ojos hundidos, aspecto cansado, especialmente en los niños, caracterizan a la población. El gobierno zarista, lejos de proveer al saneamiento de la región con trabajos adecuados de desagüe, no se ocupó nunca ni siquiera de la más elemental limpieza, por lo cual los muelles representaban un vasto depósito de inmundicias. Solamente en invierno se respiraba, pero en primavera, con el primer derretimiento de nieve, todas las calles adyacentes al puerto, habitadas casi exclusivamente por el proletariado, se convertían en vastos focos de infección. También los ricos samaranos, que construían bellísimos palacios, se cuidaban poco de la canalización y del servicio de cloacas, tanto más cuanto que la oficina técnica los dejaba en paz. Me dijeron también que el agua potable era una novedad muy reciente. No es de extrañar por eso si casi todos los veranos en la región del Bajo Volga, sobre todo en Astracán, eran frecuentísimos los casos de cólera, de tifus y hasta de peste algunas veces. Las calles de la orilla del río no tienen nada de característico; presentan más bien el aspecto típico de los barrios proletarios de toda las grandes ciudades: casuchas míseras, pocas ventanas, muchas de ellas con papel en vez de vidrio, trapos usados y una gran cantidad de niños sucios. Muchísimas fondas de pésimo género».

La revolución rusa tiene tras de sí siglos y siglos de tiranía, de miseria, de embrutecimiento intelectual, moral y físico.

La Rusia actual no puede librarse de la herencia del antiguo régimen sino muy lentamente. Muchos otros aspectos habría

que considerar en un examen retrospectivo de la Rusia rural, aunque sea sucinto y general como el presente, pero creo oportuno tratar otro aspecto más importante en otro artículo.

De estos rápidos apuntes me parece que resulta evidente que no es posible juzgar la revolución rusa sino teniendo constantemente en cuenta, tanto en lo concerniente a la cuestión agraria, como a cualquier otra cuestión, el nexo de continuidad entre la Rusia de hoy y la de ayer.

LA PROPIEDAD TERRITORIAL EN RUSIA ANTES DE LA REVOLUCIÓN[1]

NO ES POSIBLE comprender las fases del desarrollo de la revolución rusa y juzgar con objetividad la política bolchevique, sin tener en cuenta las condiciones prerrevolucionarias. El estudio de estas condiciones debe hacerse particularmente sobre el ordenamiento de propiedad territorial, puesto que tal ordenamiento puede aclarar muchos aspectos de la revolución rusa.

El conocimiento de la distribución de la propiedad territorial en Rusia en vísperas de la guerra europea, resulta de algunos informes hechos bajo el viejo régimen. Los datos recogidos no son precisos; hay errores de importancia, pero no tales como para no darnos una idea aproximada de la distribución de la propiedad territorial y de las condiciones de la agricultura.

Antes de las leyes de emancipación de los campesinos (emanadas después de 1860), toda la tierra rusa era propiedad del Estado, de la nobleza y de la corona. Sólo una mínima parte estaba fraccionada entre instituciones de diverso género. Con las leyes de emancipación hubo también distribuciones de porciones (llamadas *nadieli*) a los campesinos. En 1905, sobre un total de 395,2 millones de *desiatinas* (una *desiatina* equivale a cerca de una hectárea y un décimo), 138,1 millones pertenecían al fisco, 138,8 millones estaban constituidas por *nadieli*; 101,7 millones eran propiedad privada; 7,8 pertenecían a la Corona y 8,8 millones a instituciones diversas.

Las tierras del fisco estaban constituidas, en la mayor parte, por tierras improductivas y por florestas, y sólo una parte pe-

[1] Extraído del periódico *La Protesta*, número 12 del 27 de marzo de 1922.

queñísima (4 millones de *desiatinas*) era cultivada y dada en arriendo a los campesinos. Las *nadieli*, pues, eran en 1905 un tercio de todas, las tierras, pero eran la mitad si se excluyen las florestas y las tierras improductivas del fisco. Estas, empero, son las cifras medias, puesto que la distribución de la propiedad territorial presentaba una gran desigualdad de aspectos en cada parte de Rusia.

La mayor parte de las *nadieli* se encontraban en el centro de Rusia, donde antes de las leyes de emancipación la mayor parte de la población estaba constituida por siervos de la gleba. En las del este y del sudeste, donde los siervos de la gleba eran casi todos dependientes del estado, el porcentaje de *nadieli* alcanzaba al 70 por ciento de las tierras. En cambio, en la Rusia del norte y del nordeste, las nueve décimas partes de la tierra eran propiedad del fisco. En el sur, y especialmente en las regiones del Báltico, estaba muy difundida la propiedad privada. Estas diferencias explican la posición negativa tomada frente a la socialización de las tierras, por los campesinos de las regiones meridionales y occidentales de Rusia.

Para tener una clara idea de la importancia de la clase de los campesinos en la economía rural rusa, es necesario tener presente que, además de las *nadieli*, había tierras adquiridas por los campesinos después de 1860 y tierras tomadas en arriendo. Según la información de 1905, la extensión de las tierras compradas por los campesinos era de 24,7 millones de *desiatinas*, y la de las tierras tomadas en arriendo, según un cálculo aproximativo, de 30,35 millones de *desiatinas*. La extensión de las tierras bajo la influencia directa o indirecta de los campesinos alcanzaba, pues, a casi 200 millones de *desiatinas*. Estas tierras, aun representando una parte tan grande de la superficie agraria total, eran insuficientes para los campesinos, y lo eran cada vez más con el aumento continuo de la población. El fenómeno de la «poca tierra» no consistía tanto en la pequeñez

de la extensión de las tierras asignadas a los campesinos como en el estado atrasado de la técnica agraria.

Si se considera la distribución de las tierras de propiedad privada entre las diversas clases sociales, se tienen los siguientes resultados:

Millones de *desiatinas*	**1877**	**1905**
Nobleza	78,1	53,2
Comerciantes	11,5	16,7
Artesanos	1,9	3,8
Campesinos	6,5	34,7
Otros	0,9	3,4

De estas cifras resulta evidente que, desde 1877 en adelante, disminuyó la extensión de las tierras poseídas por la nobleza y aumentaron notablemente las propiedades privadas de los comerciantes y de los campesinos. En 1877 la nobleza poseía las cuatro quintas partes de las tierras; en 1905 la mitad. Pero la propiedad de la nobleza se restringió de modo distinto en las varias regiones del oeste y del Báltico, donde se transformó en grandes establecimientos agrícolas; se acreció algo en Curlandia y en Estonia. La propiedad privada se ha difundido en Rusia durante los últimos decenios. Ha crecido el número de las pequeñas propiedades (50 *desiatinas*) y de las propiedades medias; ha disminuido el número de las grandes propiedades (de 500 a 100 *desiatinas*), y disminuyó también el de las propiedades grandísimas (extensión superior a 1000 *desiatinas*). No obstante esta transformación, la propiedad territorial privada estaba aún muy concentrada en Rusia.

En 1905, más del 60 por ciento de las tierras estaba en poder de grandes propietarios poseedores de más de 1000 *desiatinas* cada uno. En el gobierno de Perm unos pocos señores poseían una extensión de siete millones de *desiatinas*. Pero si se compara la gran propiedad a la superficie entera de las tierras (395,2 millones de *desiatinas*), se ve que la propiedad de

los nobles (53,2 millones) era solamente el 13 por ciento de la extensión total, y que la propiedad privada de más de 500 *desiatinas* (60,9 millones), alcanzaba apenas el 15 por ciento. Es preciso tener en cuenta el hecho de que buena parte de las grandes propiedades eran dadas en arriendo a los campesinos.

La masa de los campesinos rusos deriva de tres categorías de siervos de la gleba: la de los pertenecientes a la nobleza, la de los pertenecientes al Estado y la de los pertenecientes a la Corona. A estas categorías corresponden diversas distribuciones de tierra: mayores porciones de tierra tuvieron los siervos pertenecientes al Estado, menores pertenecientes a la nobleza. En conjunto, las *nadieli* fueron, sin embargo, insuficientes para el mantenimiento de los campesinos, y esto por los grandes gravámenes impuestos sobre las tierras que les fueron asignadas.

Aquí se presenta la cuestión de la extensión y de las formas del comunismo agrario. Creo interesante reproducir el examen que de esta importante y discutida cuestión hace un hombre competente en economía, el profesor C. Bresciani Turroni:

> «Los campesinos cultivaban y aprovechaban sus tierras en un característico régimen de comunismo. El suelo no pertenecía a cada campesino sino a la comunidad (*obshchina*). En 1877 se contaban 133,725 *obshchinas*. Algunas clases de terrenos, los de pastoreo, los prados y florestas no se dividían, mientras que las tierras de laboreo eran distribuidas por la comunidad entre los campesinos que la componían, según cierto criterio, como el número de los miembros de la familia o de los individuos aptos para el trabajo. A intervalos (que según una ley de 1873 no podían ser inferiores a 12 años) se procedía a la redistribución. La comunidad tenía también tareas financieras; por ejemplo, distribuía entre los campesinos los tributos que pesaban sobre las tierras, por los cuales todos los pertenecientes a una comunidad eran, hasta 1903, responsables en conjunto. Pertenecer a una comunidad era obligatorio para los campesinos.
>
> »La forma, brevemente descrita, de posesión territorial, era aquella desde hacía mucho tiempo, prevalente respecto de las tie-

rras asignadas a la clase de los campesinos, puesto que a ella estaba sometido, en 1905, el 1,87 por ciento de la extensión de las *nadieli*. Las otras tierras se encontraban bajo un especial régimen jurídico que se acercaba a la propiedad privada (era llamada por los economistas rusos "podvornole voladienie"). Estas tierras no estaban sometidas a redistribuciones periódicas y pasaban en herencia de padres a hijos. Este particular régimen jurídico estaba difundido en la Pequeña Rusia, en la Besarabia, en los gobiernos del oeste y del Báltico, mientras en toda la Gran Rusia y en la Nueva Rusia dominaba la comunidad agraria. De modo que el campesino ruso, desde hace mucho tiempo, desarrolló su actividad en un ambiente de comunismo agrario y de igualdad social. Y sin embargo, también en la masa de los campesinos había penetrado y se difundía el espíritu de la propiedad privada, y se afirmaba un constante proceso de diferenciación económica.

»Modificaciones en la distribución de la tierra se han verificado en aquellas regiones donde predominaba la "podvornole voladienie", como consecuencia de las mudanzas producidas en el curso de estos últimos decenios, de las sucesiones y de otras causas. Pero como observa Dehn, desigualdades en la posesión de la tierra las hay también en el régimen de comunidad agraria. Es cierto que las sucesivas redistribuciones tendían a restablecer condiciones de igualdad, pero conviene notar que, las tierras asignadas a los campesinos, si eran inalienables, podían ser dadas en arriendo. Campesinos que no estaban en condiciones de cultivar su parcela o que tenían necesidad de dinero para pagar los tributos, acostumbrados a dar en arriendo el *nadieli* a otras personas; y esto a efectos prácticos constituía una alienación de tierra y un elemento de desigualdad en la posesión territorial. Pero las condiciones de igualdad se alteraron sobre todo después de la adquisición de nuevas tierras por parte de individuos más hábiles, o más laboriosos, que lograban hacer ahorros».

Turroni ilustra su tesis con datos significativos, de los que resulta la distribución de las tierras pertenecientes a los campesinos (25 mil *desiatinas* en régimen de propiedad privada) en 1905. He aquí el cuadro:

	Nº. de propiedades	Extensión prop. (mill. desiatinas)
Hasta 50 *desiatinas*	446.323	4,3
De 50 a 100	22.686	1,6
De 100 a 1.000	20.271	5,9
Más de 1.000	1.076	2,2

(Estas cifras se refieren a las propiedades privadas de los campesinos. Están excluidas las referentes a las tierras poseídas por las asociaciones agrarias).

Turroni saca de estas cifras la siguiente conclusión: en un periodo de cuarenta años ha surgido una jerarquía de propietarios privados que se ha ido diferenciando cada vez más de la masa de los campesinos existente después de la emancipación de los siervos de la gleba. Esta clase de campesinos acomodados se ha contrapuesto a las grandes masas y ha buscado extender su propiedad (en 1905 fueron enumeradas 1076 propiedades de más de 2.000 *desiatinas*). «Además —escribe Turroni— numerosos campesinos emprendedores tomaban en arriendo tierras pertenecientes a otras clases sociales, especialmente a la nobleza, o bien a la Corona y al fisco; pero es necesario notar que muchas veces los precios de arriendo eran tan elevados que no era nada envidiable la posición del arrendatario». (Suplemento económico del *Tempo*, 5 de enero de 1920).

Para darse cuenta de esta tendencia hacia la propiedad individual de la tierra es necesario referirse a las repercusiones de los años de huelgas agrarias y de invasiones de tierras de 1905-1906. La tesis con que se laureó un eslavo, un tal Mascianovitch, presentada a la Facultad de Derecho de Nápoles (tesis recordada por Colajanni en su *Rivista Popolare*), contradice las noticias rusas sobre este profundo traspaso de la propiedad colectiva a la individual, pero otros estudiosos de los problemas agrarios de Rusia confirmaron tal tendencia, basándose en el examen de los datos estadísticos. Según la relación compilada por Barck, ministro de hacienda de Rusia (re-

lación resumida de Durand en el *Economiste Français*, 12 de junio de 1915), la reforma imperial encaminada a facilitar el desarrollo de la propiedad individual en perjuicio de la propiedad colectiva, tuvo grandes resultados. He aquí resumida la relación de Durand: desde el ucase del 9 de noviembre de 1906 a 10 de enero de 1914, el número de los jefes de familia que pidieron ser propietarios a título individual fue de 2.599.000 en cuarenta provincias de la Rusia europea; y el número de los que efectivamente se convirtieron en propietarios individuales fue de 1.881.000. Una de las consecuencias de la reforma fue la de volver a poner las tierras comunales bajo el régimen civil general. El número de los compradores de tierras comunales fue de 767.412; la superficie de las tierras vendidas fue de 2.830.369 *desiatinas*. Los vendedores fueron reclutados entre los miembros del *mir* no dedicados a la agricultura, entre los emigrados, entre los jefes de familia que ocupaban poca tierra. Después de 1907 las tierras comunales fueron objeto de 4.965.444 demandas de posesión y de cultivo del suelo. Desde 1907 hasta finales de 1913, fueron estudiados 2.862.000 proyectos para 25.728.000 *desiatinas*. La propiedad individual se desarrolló sobre todo en las provincias del oeste y del sudoeste. Desde 1907 a 1913 el Estado vendió 358.701 *desiatinas* por 36.300.000 rublos, de las cuales el 89 por ciento a propietarios individuales y el 11 por ciento a las Comunas y asociaciones de campesinos. El eje de la reforma fue el Banco de los campesinos y el Banco de la nobleza. Este último debía facilitar el crédito a los nobles, permitiéndoles conservar las tierras en la medida de lo posible; el primero debía poner el crédito a disposición de los campesinos deseosos de adquirir terrenos. El Banco territorial de los campesinos debía, con la ayuda de los recursos suministrados por el Estado, y aumentados por la emisión de obligaciones, comprar las propiedades, fraccionarlas, constituyendo así un fondo de reserva de tierras destinadas a ser vendidas sucesivamente a los campesinos.

Durante los últimos ocho años y medio el Banco tuvo a su disposición 6.379.000 *desiatinas*, de un valor global de 569 millones de rublos. El Banco cultivó la propiedad en espera de la venta, y en 1913 obtuvo el 4,4 por ciento neto sobre el capital empleado. Mientras compraba propiedades para revenderlas, hacía préstamos a los campesinos que compraban las tierras por su intermedio. En 1913 las entradas del Banco de los campesinos fueron de 30.257.000 rublos, y los gastos 21.100.000. La diferencia fue a aumentar el fondo de reserva. Hasta la víspera de la guerra, el gobierno imperial proyectó cada vez más vastas reformas bancario-financieras.

¿Cuáles eran las tendencias principales de los campesinos en vísperas de la revolución? ¿El traspaso de muchas tierras de la propiedad colectiva a la individual lesionó el espíritu comunista de las masas rurales?

No se puede dar una respuesta definitiva a estas preguntas. Me parece que Turroni[2] pone bien de relieve la complejidad de esta gestión cuando escribe, como conclusión al artículo arriba citado:

> «Para muchos escritores rusos la *obshchina* era desde hace tiempo un organismo anticuado y en progresiva desintegración, porque imponía a la producción agraria límites que el aumento de la población hacía cada vez más insoportables. Las leyes agrarias de 1906, que concedían a los campesinos la facultad de salir de la comunidad y de exigir la separación de las porciones de tierra que le pertenecían, no habrían sido más que el reconocimiento jurídico de la imposibilidad de mantener en pie un ordenamiento económico-social ya superado.
>
> »Según los escritores marxistas la disolución de la comunidad agraria significaba la repetición, en Rusia, de ese fenómeno que

[2] Para muchos datos de este artículo me he valido del citado artículo de Turroni, que es un conocedor directo de la literatura de los economistas rusos. En efecto, él se ha servido del libro de Dehn, *Economía agraria*, curso de lecciones dadas por este ilustre economista en el Politécnico de Petrogrado. [Nota de Berneri].

siglos antes se había verificado en otros países de Europa, es decir, la disociación del hombre de la tierra, la formación de un vasto proletariado de "sin tierra", que afluyendo a las ciudades y a los distritos industriales, habría hecho posible el rápido desarrollo de la "economía capitalista". En cambio, según otros escritores —por ejemplo, según Cacioroski, que ha publicado una obra fundamental sobre la *obshchina* rusa— la comunidad agraria no está destinada a desparecer totalmente, sino que se mantiene aún viva y vigorosa y ha demostrado poderse adaptar a las nuevas exigencias de la producción agraria, siendo compatible también con una agricultura altamente intensiva».

Esto es lo cierto: que en la economía rural rusa se encuentran dos elementos en parte contradictorios. Es innegable que en una gran parte de Rusia, la del centro, del este y del sudeste, el campesino desde hace muchísimo tiempo ha modelado su psiquis en el ambiente de la comunidad agraria, de modo que los principios de socialización proclamados por la revolución le son perfectamente familiares. Por otra parte, el espíritu de la propiedad privada se ha desarrollado cada vez más, sin duda, en el ambiente rural y ha habido una diferenciación de clases sociales sobre la base de una creciente desigualdad en la distribución de la propiedad de la tierra.

LOS CAMPESINOS EN LA REVOLUCIÓN RUSA 1905-1906[1]

LA ACTUAL REVOLUCIÓN RUSA[2] no es comprensible sino como la continuación de la de 1905-1906. Interesante es la referencia a la primera gran revolución rusa, porque en ella se revelan ciertas tendencias que hay que tener en cuenta en la interpretación de las singulares fases de desarrollo de la actual revolución y en la valuación de la política agraria bolchevique.

El año 1905 fue para Rusia una continua sucesión de huelgas generales y revueltas militares. Las agitaciones estallaron en enero y duraron, en las ciudades, hasta la primavera. Cuando el movimiento obrero empezó a calmarse, la agitación tomó incremento en las campiñas. En la primavera, el 14 por ciento de los cantones de la Rusia central era presa de los motines agrarios. Muchas propiedades pertenecientes a ricos latifundistas fueron saqueadas. Los campesinos insurgentes se limitaron sin embargo a apoderarse de los granos y la madera. Alguna propiedad fue incendiada. Las represiones gubernativas fueron generales y violentas, pero fueron distraídas por las agitaciones obreras y las revueltas militares. En efecto, en junio se produjeron tumultos en las ciudades industriales y revueltas en las tripulaciones de las naves de guerra. En octubre termina la huelga general de los metalúrgicos, pero estalla la huelga ferroviaria. En noviembre tenemos la revuelta militar de Kronstadt, y la huelga general de solidaridad en Petrogrado.

[1] Extraído del periódico *La Protesta*, 3 de abril de 1922.

[2] Para la compilación de este artículo, me he valido principalmente de una relación de Gregorio Alexinsky, que fue diputado socialista a la segunda Duma, y de la relación presentada al Congreso Anarquista de Ámsterdam por el compañero Bullart. [Nota de Berneri].

Al mismo tiempo se producen sublevaciones agrarias de extensión y gravedad mayores que las precedentes. El 37 por ciento de las provincias de la Rusia central participa en el movimiento. Dos mil propiedades son devastadas.

Las pérdidas ocasionadas en 19 días de tumultos agrarios, fueron, según las cifras oficiales, de 29 millones de rublos. La represión gubernativa superó en ferocidad a las precedentes. En noviembre se declaran otras huelgas generales en las ciudades. En diciembre estalla la gran insurrección de Moscú.

La revolución de 1905, en conjunto, no tuvo éxito. Y esto porque la acción insurreccional de los campos no fue casi nunca paralela, simultánea a las de las ciudades. Y hasta, muchas veces, como sucedió en el caso de la huelga postal que precedió a la insurrección de diciembre, la acción revolucionaria de las ciudades obstaculizó la de las campiñas. Esta discontinuidad de acción permitió al gobierno llevar las fuerzas represivas desde los centros urbanos a la campiña y viceversa. Los socialistas rusos, esclavos de los preconceptos dogmáticos, habían, además, cometido el grave error de establecer un antagonismo entre el proletariado urbano y el rural, de modo que el acuerdo para una acción simultánea fue descuidado y hecho aún más difícil. Sin embargo, es necesario observar que en 1905 se constituyó *La Unión Campesinos y del Grupo del Trabajo*, que debutó en noviembre de ese año, con su primera asamblea, que reunió cerca de cien delegados de las diversas partes del Imperio. *La Unión*, que no se presentó como partido político adherente a un programa definido, sino como organización de clase, había reunido en diciembre un millón de adhesiones, sólo entre los campesinos.

A las huelgas e insurrecciones de 1905 siguió la contrarrevolución, que se elaboró principalmente en el campo legislativo. La contrarrevolución legislativa fue dirigida, sobre todo, contra las masas rurales, lo que confirma la importancia que los campesinos tuvieron en la revolución de aquel año y la del

siguiente. La ley electoral del 3 de junio de 1907 vino a impedir a los campesinos el acceso a la Duma.

El decreto agrario de noviembre de 1906 que más tarde fue hecho ley, en la tercera Duma de 1908, con el pretexto de querer instaurar la propiedad individual del suelo en lugar del *mir* (comuna rural rusa), no fue más que una violenta tentativa de acelerar el proceso de expropiación del suelo por parte de los campesinos más ricos. La primera Duma de 1906, y la segunda, de 1907, pudieron expresar una acción enérgica a favor de las masas rurales en cuanto en aquellas asambleas las reivindicaciones agrarias eran formuladas de modo de no dejar ninguna duda sobre las tendencias de las clases rurales más pobres, tendencias que se resumían en el grito de guerra: *Tierra y Libertad*.

En la primera Duma, en la que los socialistas, que boicoteaban aquella asamblea, estaban ausentes, fueron los constitucionales democráticos liberales (o sea, los cadetes) los que exigieron la expropiación de las tierras mediante equitativa indemnización. (Esta propuesta pareció tan audaz a la alta burguesía rusa, que le costó la vida al diputado cadete por Moscú Hertzenstein, muerto por los sicarios de las bandas negras).

En la segunda Duma, los socialistas revolucionarios, después de recoger 104 firmas de diputados campesinos, presentaron su proyecto agrario, que empezaba con este artículo: «La propiedad privada del suelo es abolida en Rusia».

Esta orientación de la actividad parlamentaria y de los socialistas revolucionarios no fue más que un reflejo de las huelgas agrarias y de las invasiones de tierras privadas, que caracterizaron al año 1906.

En 1906 las huelgas agrarias se propagaron en 47 provincias y en más de 475 distritos. Los campesinos reclamaban: aumento de los salarios, disminución de horas de trabajo, alimento y habitación mejor, etc. En ciertas regiones la demanda de aumento de salarios fue tal que a los grandes propietarios se les hizo imposible explotar sus posesiones y se vieron constreñi-

dos a abandonar las tierras a los colonos, que las obtuvieron en condiciones muy ventajosas. Estas huelgas alcanzaron así un doble objeto: rebaja en los alquileres a los colonos y aumento de salarios.

Al primer resultado corresponde el hecho de que los promotores del movimiento no eran los asalariados, sino los pequeños propietarios que se reunían en asambleas comunales y formulaban las resoluciones, registrándolas regularmente y ordenando la huelga a todos los colonos vecinos y a todos los asalariados: éstos últimos a menudo no tomaban más que una parte secundaria en las agitaciones. Las huelgas agrarias dieron resultados positivos inmediatos. En 1906 los campesinos recobraron en salarios un aumento de 76 millones de rublos y disminuyeron los precios de los contratos de coloniaje en 30 millones de rublos. Fue una verdadera expropiación regular de 106 millones de rublos (un quinto de su rédito total) ganado a los latifundistas. Esto determinó un pánico enorme en el mundo capitalista ruso y preocupó al gobierno. De aquí la circular del 24 de junio, en la que el ministro del Interior, Stolypin, ordenaba a los gobernadores la más despiadada represión contra los campesinos. A pesar del recrudecimiento de la reacción gubernativa, el movimiento rural se extendió en todo el imperio, principalmente en el sur y sureste, donde la propiedad rural estaba más desarrollada. En otras regiones, como en las del centro de la «tierra negra», el movimiento asumió el carácter de una toma de posesión de la tierra. Los campesinos se posesionaban de los prados y los bosques, cortando los árboles y haciendo pacer al ganado primero: luego invadieron los campos, apoderándose de las cosechas. En 15 provincias de la «tierra negra» los campesinos asaltaron los castillos patronales y se apoderaron del ganado y las cosechas, desalojando a los propietarios. El movimiento era dirigido por las mismas asambleas rurales, las que antes de proceder a la partición de los terrenos, formulaban resoluciones escritas y explicativas.

Esta regularidad en la acción expropiadora es comprensible si se piensa que en muchas provincias de Rusia, existía la posesión comunal del suelo y estaba difundida la idea de que la tierra pertenece por derecho al *mir*, y que sólo él podía repartirla a título de posesión provisoria y en lotes iguales a cada familia. Ya en 1902, en ciertas provincias, como en las de Poltava y Kharkoff, se manifestaron tendencias a la expropiación directa de los fundos con repartición entre los campesinos más necesitados. Pero en 1906 el movimiento en tal sentido asumió formas y extensión notabilísimas. Es de notar el hecho de que, si las pérdidas sufridas por los propietarios fueron ingentes (139 millones de rublos), el movimiento rural no sacrificó la vida de un solo latifundista, al menos por lo que afirma la relación presentada por el Partido socialista revolucionario al Congreso Internacional de 1907.

Los innumerables legajos dirigidos a los miembros de la primera y segunda Duma revelan cierta madurez de ideas y una gran conciencia de sus derechos que arrojan mucha luz sobre las generales tendencias sociales de las masas rurales rusas.

De lo que hemos dicho en nuestro anterior artículo y en el presente, resultan las tendencias que debíamos volver a encontrar en acción en la actual revolución.

LOS CAMPESINOS EN LA REVOLUCIÓN RUSA. DESDE EL ESTALLIDO DE LA REVOLUCIÓN HASTA LA CAÍDA DE KERENSKI[1]

EL ESTALLIDO de la revolución rusa ha sido señalado por dos hechos principales, que tuvieron estrecha conexión: la derrota del ejército y la ocupación y repartición de las tierras.

El ejército ruso estaba compuesto, en su mayor parte, por campesinos, que sufrían con resignación la guerra, pero la hacían sin entusiasmo. Ridículo resultaba Benakoff, cuando durante la guerra, en una entrevista con el corresponsal de *Il Secolo* de Milán, hablaba de la convicción guerrera del campesinado ruso, basada en el estudio sereno de las causas del conflicto europeo y sobre su adhesión al programa democrático de la Entente. No había nada de esto. Sobre los campesinos rusos (cuyas cuatro quintas partes son analfabetos) no tuvo más que una influencia mínima la propaganda guerrista a base de disfraces democráticos y pacifistas, que tanto influyó sobre las masas de los combatientes en los países occidentales. Boris Dokoloff, diputado socialista revolucionario a la constituyente rusa, que, encontrándose en el frente cuando estalló la revolución como presidente del Soviet de los diputados soldados, tuvo ocasión de conocer el estado de ánimo predominante entre las masas de los soldados, cuenta que la mayor preocupación de los soldados era la de saber cuándo se haría la paz.

Después de la caída del régimen zarista los ejércitos del frente sudoeste volvieron a tomar la ofensiva, tras una larga campaña de persuasiones, pero la reanudación del combate fue muy poco briosa. Después del descalabro de la ofensiva de Tar-

[1] Extraído del periódico *La Protesta*, número 17, 8 de mayo de 1922.

nopol, los soldados se convencieron de que la paz estaba muy lejana, y fueron atraídos en masa, hasta el derrotismo. Los campesinos soldados, narra Sokoloff, decían: «Ahora que Rusia se ha hecho libre y estamos a punto de tener la tierra, la muerte nos parece aún más terrible».

Es necesario, pues, tener en cuenta la repercusión que tuvo en el frente el reparto de las tierras. Roberto Minor, el conocido periodista americano, corresponsal del *The Liberator* en Rusia, en un artículo (publicado por la *Feuille* de Ginebra) escribía a este respecto: «Los campesinos movilizados, temiendo que el reparto de las tierras se hiciese sin ellos, abandonaban en masa el frente y volvían a las aldeas».

La revolución agraria estalló, en muchas aldeas, bajo la presión del hambre, debido principalmente al hecho de que mientras los campesinos vendieron en el otoño sus cosechas, los latifundistas, detentores de enormes partidas de cereales, especularon sobre los granos, esperando que los precios fueran cada vez más ventajosos. Este hecho aceleró la crisis. Se encontraban de frente y en áspero contraste los intereses de algunos millares de latifundistas con los de millones de campesinos. El aspecto que presenta la revolución agraria, en sus primeros meses de desarrollo, es el de la *Jacquerie*. He aquí el cuadro que de él hace un opúsculo ruso (*Nuestra táctica*):

> «La revolución se manifestó en cada aldea. Cada comunidad rural decidió en sus asambleas lo que habría debido hacer de las tierras, y cada aldea (y notadlo bien, no un grupo de individuos) expropió las tierras de los latifundistas y del Estado. Los nidos de estos abyectos tiranos —lugares de crápula señorial y de vergüenza popular— eran incendiados. El inventario agrícola se hacía propiedad de la comunidad y era repartido entre los campesinos, donde las aspiraciones comunistas rurales no habían sido destruidas por los decretos de Stolypin, toda la tierra, las máquinas, el ganado y los granos se convertían en propiedad común. Donde las instituciones rurales no podían seguir la marcha de la revolu-

ción, eran reemplazadas por los comités agrarios. En cuanto a las autoridades de las aldeas, desaparecieron a la primera descarga de un fusil revolucionario. Las instituciones jurídicas —tribunal comunal o local— no funcionaban más, careciendo de sus sostén: la policía».

Los primeros meses de la revolución rusa presentan, pues, caracteres de espontánea tendencia de las masas rurales hacia la expropiación. Esta tendencia llevó consigo la destrucción de los órganos políticos y jurídicos del antiguo régimen, pero se manifestó también bajo la forma del más estrecho localismo. El reparto de las tierras desarrolló además los instintos egoístas de los campesinos, haciendo difícil el establecimiento de un orden sobre bases igualitarias, cooperativas y federalistas. Si no para toda, es seguramente verdadero para una gran parte de Rusia lo que Lenin decía, hablando de los primeros meses de la revolución en una entrevista con Vilkens (8 de septiembre de 1920, publicada por el *Libertaire* de París); o sea: «Se puede decir que cada aldea era una pequeña república que se desentendía de todo lo que sucedía más allá de sus fronteras. Los campesinos se repartían la tierra a su modo y no siempre equitativamente». Este aspecto de la revolución agraria de los primeros meses, según Lenin, está confirmado por lo que han escrito al respecto todos los que estudiaron directamente las fases de desarrollo de la revolución rusa.

Vilkens, por ejemplo, en su artículo *Los campesinos y la Revolución*, publicado en el *Libertaire*, escribe:

«Cuando estalló la revolución, la partición de las tierras no se efectuó con método. Aquí, los soviets de las aldeas —entonces verdadera expresión de las masas rurales— realizaban la repartición de las tierras con criterio igualitario; allá, hubo incoherencia, buscando cada uno de apropiarse los lotes que le parecían mejores y que estaban más cerca de su morada. En general todos aquellos que cultivaban por sí mismos su tierra y se servían de unos pocos asalariados, quedaron en posesión de sus tierras. En

muchas regiones no se hizo la partición, porque ella había precedido a la Revolución y en otras porque había demasiada tierra en proporción a los brazos. Sucedió además que los sin tierra no se pudieron a provechar de la partición a causa de la insuficiencia de los implementos agrícolas, de las semillas, del ganado. Sus porciones quedaron sin cultivar, y los campesinos pobres se vieron constreñidos a alquilar de nuevo sus brazos. En suma, es principalmente la clase media de los pequeños campesinos que poseía algo la que aprovechó la Revolución. Ella los liberó de la servidumbre del propietario y les dio la esperanza de trabajar para sí mismos en completa independencia».

Después de estas referencias sobre las tendencias de la revolución rusa en los primeros meses de desarrollo, que constituyeron el ambiente en que se desarrolló la primera fase de la política agraria bolchevique, creo oportuno seguir, en sus líneas principales, los más importantes acontecimientos que se sucedieron en el paréntesis de la dictadura de Kerenski. Lo que sigue está limitado, por necesidad, a aquellos sucesos que pueden dar una idea general de la política agraria del periodo que examinamos.

***

El 7 de marzo de 1917 una orden del gobierno provisorio creaba en Petrogrado una gran comisión central agraria y organizaba comicios agrarios en toda Rusia, con el fin de recoger información sobre las necesidades agrarias de la población. Estas informaciones debían servir para elaborar una ley agraria general que se sometería al examen de la Asamblea Constituyente. Contemporáneamente, el gobierno renovaba su llamado a los campesinos soldados en el frente, en el que se les invitaba a esperar pacientemente esta ley y a no querer resolver arbitrariamente la cuestión agraria, lo que habría llevado a la completa desorganización del país. El 9 de marzo, el Congreso

del Partido de la Libertad y de los constitucionales democráticos, examinado el proyecto agrario, no tomó ninguna decisión, pero se pronunció a favor del principio de que las tierras debieran ser dadas a los que las trabajan. Al día siguiente, el Congreso de los delegados de los campesinos de todas la Rusias votó una moción que proponía como futuro régimen político la República democrática federal. El 12, el mismo Congreso amenazaba a la población de Kronstadt, que se había sublevado, con suspender el envío de víveres si no reconocía al Gobierno provisorio, y se declaraba adverso a las aspiraciones separatistas, prometiendo al gobierno el apoyo de los campesinos. El mismo día, el gobierno provisorio publicaba una ordenanza oficial, la cual ponía a disposición del Estado las reservas de la cosecha de cereales y forrajes y toda la cosecha de 1917, excepto los cereales y los forrajes necesarios para la siembra y el ganado perteneciente a los campesinos productores (el Turquestán y el territorio transcaucásico estaban exentos de tales medidas).

Al mismo tiempo el gobierno prescribía la creación, en todo el país, de órganos locales de aprovisionamiento, compuestos por representantes de las ciudades y de la campaña, además de las instituciones públicas de las provincias. El 13 de marzo se reunió en Petrogrado el Congreso de los delegados de los campesinos, que fue una reunión preparatoria de la Asamblea Constituyente. Este Congreso, el día 17 votó una orden del día tendiente a la abolición de la propiedad territorial privada y pidiendo que todas las tierras, aguas y bosques se declarasen propiedades nacionales. El 18 de abril el Congreso nacional del consejo de los delegados obreros y militares votó una moción sobre la cuestión agraria, en la que se reclamaba la confiscación sin restricciones de todas las tierras pertenecientes a la corona, a las iglesias y monasterios, y la entrega de estas tierras a los campesinos. No obstante, la moción aplazaba la solución definitiva del problema agrario, confiándola a la Constituyente. En este Congreso, Plejánov pronunció un aplaudido dis-

curso por la continuación de la guerra, y la asamblea se disolvió cantando la Marsellesa. El 23, el Gobierno provisorio publicó una larga declaración en la que se hacía un llamado al país para la defensa de los confines rusos amenazados, y en muchas partes, traspasados, por el ejército tudesco, y se decía, a propósito de las cuestiones agrarias, cosas muy vagas.

Las medidas del gobierno en lo concerniente a la cuestión agraria estaban determinadas por la convicción de que en conformidad con las exigencias de la economía nacional, y de los programas formulados por todos los partidos democráticos del país, la reforma agraria debía tener por base el principio de la entrega de la tierra a los trabajadores, pero no estaban a la altura de la situación y no tenían bastante en cuenta la precipitación de los acontecimientos. Lo demuestra el proyecto de reforma agraria que el gobierno preparó para la Asamblea Constituyente. Las medidas que el gobierno se proponía tomar enseguida comprendían:

1. La liquidación completa de la antigua política agraria que arruinaba y desorganizaba la campaña.
2. La tutela de la plena libertad de la Constituyente, en cuanto a la repartición de la propiedad territorial del país.
3. La disciplina de las relaciones territoriales desde el punto de vista de los intereses de la defensa nacional y del aprovisionamiento del país.

Este es el programa, pero faltaban ideas claras sobre el modo de realizarlo.

Recompuesto el ministerio, habiendo dimitido, por divergencias referentes al problema agrario el príncipe Lvov, fue nombrado ministro de agricultura Chernov, que defendió la siguiente solución del problema agrario:

1. El derecho supremo de disponer debe pertenecer a todo el pueblo que usufructúa este derecho por medio de sus órganos

democráticos, desde los consejos populares hasta el poder central del pueblo.

2. El usufructo de la tierra debe estar asegurado a toda la población en las condiciones que garantizan el crecimiento de las fuerzas productoras y el desarrollo de la producción social y cooperativa.

3. Los derechos de los usufructuarios, así individuales como colectivos, deben ser garantizados por normas jurídicas especiales sobre la base de la igualdad de todos los ciudadanos.

4. Las normas locales, términos y condiciones del usufructo, son elaboradas y periódicamente revisadas por los órganos del gobierno local bajo el control de los superiores.

5. La cesión de las secciones de tierra de un usufructuario a otro, además de las normas de compensación por mejoramientos no utilizados, etc., serán regulados por cuerpos electivos especiales.

6. El carácter de las medidas provisorias, necesarias en los lugares con complicadas relaciones territoriales y del término de tales medidas de paso de un estado de cosas a otro, serán determinados por disposiciones legislativas especiales, probablemente elaboradas y discutidas en los mismos lugares.

***

El momento parecía propicio a una gran reforma agraria. Las campiñas estaban en fermento y animadas por propósitos de reconstrucción. Los campesinos organizaban una milicia propia en sustitución de la vieja policía, nombraban nuevas autoridades locales, convocaban asambleas comunales, daban seguridades al nuevo gobierno para el aprovisionamiento del ejército y población urbana. En muchas gobernaciones los campesinos rebajaban espontáneamente los precios de sus productos. Un gran número de asambleas locales votaba dinero para organizar cursos de conferencias políticas (en el gobierno de Perm, el *zemstvo* local destinaba 50 mil rublos a este fin).

La idea de los derechos de la mujer empezaba a difundirse, de tal modo, que en el gobierno de Ekaterinoslav los campesinos elegían a las mujeres para que los representaran ante el gobierno.

Pero la situación agraria empeoraba. El 31 de abril, el ministro de aprovisionamiento, Plejánov, pronunciaba, en el Congreso de los delegados en el frente, un discurso, exponiendo la situación económica del país. Constataba que el monopolio de los cereales no había sido realizado, dadas las dificultades para realizarlo, especialmente en las pequeñas comunas y en las aldeas. Las provisiones que habían aumentado en marzo, disminuyeron muchísimo en abril. Según el ministro, la población y el ejército tenían necesidad de 18 millones de *puds* de trigo por semana. En cambio, sólo 5 millones llegaban en abril a las estaciones. Él preveía una crisis aún mayor. La organización del monopolio de los granos no había mejorado la situación, porque los campesinos no daban ningún valor al papel moneda y no cambiaban sus productos sino contra materia primas, especialmente hierro y oro, mientras que solamente los talleres dedicados a la defensa nacional requerían por sí solos 30 millones de *puds*.

Además de las graves dificultades con que tropezaba en la reorganización de la defensa nacional, el gobierno de Kerenski se encontraba frente a graves dificultades para su consolidación. El impulso de la revolución agraria había socavado el terreno bajo el edificio en construcción. Una relación del Comité provisorio de la Duma decía, la víspera de la caída de Kerenski:

> «La deficiencia de autoridad gubernativa, la falta de prestigio en las existentes y, por fin, la falta de fuerza pública —habiendo sido destruidas la policía y gendarmería antiguas y sustituidas por la milicia nacional— han roto todo freno. Los campesinos, por la manía de la política y de los comicios, desertan de la campaña o se dan a la conquista —es la verdadera palabra— de las tierras de los grandes propietarios y de las posesiones del Estado.

En el gobierno de Kazán todos los propietarios han abandonado sus tierras y se han refugiado en las ciudades, por la poca seguridad en las campiñas infectadas de terroristas y bandidos. La precipitada política de Chernov ha instigado la codicia de los campesinos, quienes se dejan arrastrar a los más graves excesos. Los hechos de la gobernación de Kazán constituyen sólo un ejemplo, en otras partes de Rusia han empezado abiertamente la división de las tierras de los ricos propietarios».

En este mismo periodo, L. Magrini en una correspondencia desde Moscú al *Secolo*, trazaba este sintético cuadro:

«En vísperas de la revolución bolchevique, la situación de la campaña entre las inquietas masas obreras de las ciudades y en el ejército, era extremadamente complicada. La impaciencia, la intolerancia, la incomprensión y la indisciplina de las masas fomentada por la propaganda bolchevique, fermentaban con limitada libertad en la frágil contextura del gobierno de Kerenski. La revolución había prometido la tierra a los campesinos, pero al mismo tiempo el gobierno provisorio exigía que hasta la reunión de la Constituyente los campesinos no tocasen la tierra. Los campesinos impacientes se apropiaban arbitrariamente de la tierra y el gobierno estaba obligado a recurrir a medidas represivas arrestando a los comités rurales y proclamando en algunos distritos el estado de sitio. En el ejército, en las ciudades y en el campo se acentuaba el cansancio de la guerra; las deserciones asumían proporciones cada vez más vastas; masas enormes de desertores recorrían los campos, se agolpaban en las ciudades, reclamaban la paz».

De esta ojeada general a los principales aspectos de la revolución rusa en sus primeros meses de vida, resultan dos hechos importantes: primero, que la dictadura de Kerenski no estuvo a la altura de la situación; segundo, que la revolución agraria había cumplido casi enteramente su fase de acción demoledora cuando los bolcheviques se apoderaron del poder. Es necesario tener constantemente en cuenta estos dos hechos para comprender y juzgar la primera fase de la política agraria bolchevique.

A PROPÓSITO DE NUESTRAS CRÍTICAS AL BOLCHEVISMO[1]

LOS COMUNISTAS y los sindicalistas veroneses-moscovitas[2] nos acusan de realizar una obra antirrevolucionaria porque criticamos la política bolchevique, cuando la revolución rusa necesita toda la solidaridad de los partidos de vanguardia de Occidente porque está amenazada todavía por la política reaccionaria de la Entente y porque está inmersa en una enorme desgracia: la carestía.

¿Merecemos este reproche? Creo que no. Nuestra crítica al gobierno bolchevique no implica para nada una falta de solidaridad con la Rusia de la revolución, y se diferencia profundamente de la campaña organizada por la prensa reaccionaria y social-reformista. Criticar los criterios y los métodos del partido comunista ruso, contar los errores y los horrores del gobierno bolchevique es para nosotros un deber y un derecho, porque en el fracaso del bolchevismo estatólatra vemos la mejor confirmación de nuestras teorías libertarias. Es preciso, además, advertir que cuando Rusia era para el proletariado italiano la tierra santa de la libertad y la justicia, cuando el espejismo del mito ruso ejercía su fascinación revolucionaria

[1] Extraído del libro *Humanismo y anarquismo*. Artículo publicado en *Umanitá Nova*. Roma. 4 de junio, 1922 Traducción de Josep Torrell.

[2] Se refiere a una corriente de la Unión Sindical Italiana (USI) favorable a la alianza con los comunistas y capitaneada por Nicola Vecchi, que luego se pasó al fascismo. Esta corriente publicaba en Verona el periódico *L'Internazionale* y polemizaba ásperamente con la mayoría de la USI que la había desautorizado.

sobre todo el mundo, nosotros callamos, a excepción de alguna voz aislada, porque la revolución rusa era un grandioso acontecimiento que había que aceptar tal como era, en bloque, so pena de disminuir su repercusión en aquellos países que, como el nuestro, parecían próximos a seguir el ejemplo que venía de Oriente. Pero dos acontecimientos rompieron nuestro voluntario silencio: las revelaciones hechas por Serrati, Colombino, Nofri, Pozzani y otros y, por encima de todo, la sistemática importación de toda la literatura bolchevique rusa y la copia de todos los criterios tácticos, y la imitación servil de todos los puntos programáticos de Lenin y sus compañeros. Nos vimos en la necesidad de no callar más sobre lo que ya se había revelado en la prensa socialista, y en la necesidad de oponernos a aquella propaganda jacobina que se extendía entre las masas, perjudicando lo que nosotros consideramos la línea correcta revolucionaria. A todo ello se añade la reacción anti-anarquista del gobierno de Moscú y la convicción de que la política de los bolcheviques rusos lleva a un repliegue revolucionario en Rusia y en Occidente.

Los comunistas se equivocaron al fulminarnos como pequeño-burgueses y como antirrevolucionarios, y se han equivocado al persistir en esta actitud hostil. Pero se han equivocado en el sentido de que nuestro programa y toda la historia de nuestro movimiento, desmienten del modo más absoluto sus acusaciones, aunque tienen razón porque es natural que se crean más revolucionarios, más en la extrema izquierda que nosotros. Esto es legítimo y más que natural.

Puesto que nuestras críticas a la política bolchevique han sido motivo de discordia entre nosotros y los comunistas, y perjudican la alianza revolucionaria que, en realidad, existe entre nosotros y ellos, creo oportuno discutir nuestra actitud ante la política bolchevique para ver si también por nuestra parte hay excesos y errores. Creo que más que de errores se puede hablar de excesos.

A propósito de la política agraria de los bolcheviques se ha caído, por ejemplo, en exageraciones. Que la política de requisiciones ha sido una locura, es indiscutible; que la política de abastecimientos al campo ha sido insuficiente, es indiscutible; que el intento de nacionalización de las tierras con decretos inútiles y con un programa uniforme al respecto ha sido un error colosal, es indiscutible. Pero de aquí a afirmar que los campesinos rusos son comunistas por naturaleza, y que si la revolución se hubiese desarrollado libremente tendríamos en Rusia el comunismo rural, en el sentido kropotkiniano, hay mucha diferencia. Y lo mismo ocurre con la nacionalización de la industria, la ordenación del ejército, la burocracia, etcétera. La crítica anarquista a la política bolchevique ha caído en excesos debidos al mal conocimiento de las condiciones económicas, sociales y psicológicas de Rusia.

No siempre se ha sabido distinguir lo que era una tendencia programática de los jefes bolcheviques y lo que era una necesidad contingente, lo que era realizable con una línea autonomista y federalista y lo que era irrealizable incluso con el triunfo de esta línea.

En la crítica a la política bolchevique se ha confirmado esa excesiva valoración de la acción popular que es característica del anarquismo de Kropotkin. Es decir, se pensó que el proletariado ruso era más capaz de realizaciones comunistas de lo que realmente es. Otro error es no haber tenido en cuenta que entre el estallido de la revolución y el actual régimen hubo un período bastante largo de libre juego de las fuerzas políticas y sociales, en el que el movimiento anarquista se agotó y los partidos de izquierda demostraron no estar a la altura de las circunstancias.

Es inútil sofisticar sobre lo que la revolución rusa hubiera podido ser. Es la que es. Y al criticar su actual paralización es preciso tener en cuenta que a la política de repliegue del gobierno

bolchevique contribuyen realidades más poderosas que los principios teóricos.

Los campesinos se han apropiado de las tierras que, por derecho, se han nacionalizado, pero en realidad se han subdividido entre los pequeños propietarios que constituirán la futura burguesía rural.

El intercambio de productos, más o menos clandestino, es general y enriquece a toda una categoría de nuevos estraperlistas. La burocracia está constituyendo una nueva clase de privilegiados. Es en este conjunto de procesos económicos y sociales donde hay que buscar las causas de la nueva política bolchevique, que ha contribuido a crear la nueva situación, pero no ha sido la única en determinarla.

Toda revolución tiene el desarrollo que es capaz de darle el pueblo que la realiza. La economía rusa era primitiva. El régimen zarista demuestra hasta qué punto era primitiva y retrógrada también la vida política de Rusia. No se puede, pues, juzgar con criterios occidentales una revolución que pertenece más a Asia que a Europa.

No pretendo justificar con esto toda la política bolchevique. Creo incluso necesario criticar el régimen bolchevique porque los comunistas italianos lo miran como un arquetipo, pero también creo necesario fundamentar nuestra crítica en bases más sólidas. Y para hacerlo es necesario observar la revolución rusa con ojo histórico más que con ojo político.

Este intento de objetividad, que no excluye la crítica sino que la hace más aguda y más justa, ayudará también a liberarnos de muchos apriorismos teóricos que amenazan con dar rigidez a nuestro movimiento y alejarlo de la exacta comprensión de la vida actual, que presenta aspectos nuevos que no siempre permiten conciliar la realidad de las cosas y de los hombres con las ideologías del anarquismo clásico.

EL ESTADO Y LAS CLASES[1]

EN 1921, LENIN definía el Estado soviético ruso como «un Estado obrero con una deformación burocrática, en un país formado por una mayoría de campesinos».

Esa definición hoy debe modificarse en la siguiente forma: «El Estado soviético es un Estado burocrático en el que se está desarrollando una burguesía media burocrática y una pequeña burguesía trabajadora, mientras sobrevive la clase media agraria».

Boris Souvarine, en su libro *Stalin* (París, 1935), traza el siguiente cuadro del aspecto social de la URSS:

> «La sociedad llamada soviética, reposa, de un modo que le es propio, sobre la explotación del hombre por el hombre, del productor por parte del burócrata, técnico del poder político. La apropiación individual de la plusvalía será reemplazada por una apropiación colectiva a cargo del Estado, estafa hecha por el consumo parasitario del funcionarismo... La documentación oficial no deja duda alguna: sobre el trabajo de la clase sometida, obligada a un sistema extenuante e inexorable, la burocracia retira una parte indebida que corresponde más o menos al antiguo beneficio capitalista. Se ha formado pues, alrededor del partido, una nueva categoría social interesada en el mantenimiento del orden constituido y en la perpetuación del Estado, cuya extinción, junto a la desaparición de las clases sociales, predicaba Lenin. Si el bolchevismo no tiene la propiedad jurídica de los ins-

[1] Publicado originalmente el 17 de octubre de 1936 en el segundo número de *Guerra di classe*. Recuperado el 12 de julio de 2013 por La Biblioteca Anarquista.

trumentos de producción y de los medios de cambio, se detiene la máquina estatal que le permite la expoliación mediante varios procedimientos. La posibilidad de imponer los precios de venta, mucho más altos que los precios de costo, encierra por sí sólo el verdadero secreto de la explotación técnico-burocrática, caracterizada, por otra parte, por la opresión administrativa y militar».

El bonapartismo no es otra cosa que el reflejo político de la tendencia de esta nueva burguesía, a conservar y acrecentar su propia situación económica-social. En el llamado del bolchevique-leninista Tamboy, dirigido al proletariado mundial en 1935, puede leerse lo siguiente:

«La tarea de la burocracia del partido consiste solamente en aislar y torturar a los opositores mientras éstos no se hayan destruido públicamente, es decir, hasta tanto que no se hayan convertido en desgraciados apolíticos. Los burócratas, en efecto, no desean que seas un auténtico comunista. No tienen necesidad de esto. Para ellos es nocivo y mortalmente peligroso. No quieren comunistas independientes, quieren miserables siervos, egoístas y ciudadanos de última categoría...

»¿Sería entonces posible, que, bajo un verdadero poder proletario, la lucha o una simple protesta contra la burocracia, contra los ladrones y los bandidos que se apoderan impunemente de los bienes soviéticos, y que son los causantes de la pérdida, por el frío y el hambre de centenas de miles de hombres, sea considerada como un delito contrarrevolucionario?».

La formidable tragedia de la lucha entre la oposición «revolucionaria» y la «ortodoxia conservadora», es un fenómeno completamente natural en el cuadro del socialismo de Estado. La oposición leninista tiene razón en señalar al proletariado mundial, las deformaciones, las desviaciones y la degeneración del estalinismo; pero si el diagnóstico de la oposición casi siempre

es preciso, la etiología[2], en cambio, frecuentemente es insuficiente.

El estalinismo no es otra cosa que el resultado de la puesta en práctica del leninismo en el problema político de la revolución social. Lanzarse contra los efectos sin remontarse a la causa, al pecado original del bolchevismo (dictadura burocrática en función de la dictadura del partido), significa simplificar arbitrariamente la cadena causal que de la dictadura de Lenin pasa a la dictadura de Stalin, sin mayor solución de continuidad.

La libertad interior de un partido que niega el libre juego de la mayoría (de la pluralidad) entre los partidos de vanguardia en el seno del sistema soviético, sería hoy un espectáculo milagroso. La hegemonía obrera, el absolutismo bolchevique, el socialismo de Estado, el fetichismo industrialista: todos estos gérmenes corruptores sólo podían dar frutos envenenados tales como el absolutismo de una fracción y la hegemonía de una capa social. Trotsky, en la actitud de San Jorge en lucha contra el dragón estalinista, no impide recordar al Trotsky de Kronstadt. La responsabilidad del actual estalinismo se remonta a la formulación y a la práctica de la dictadura del partido bolchevique, así como a la ilusión de la extinción del Estado como fruto de la desaparición de las clases a cargo del socialismo de Estado.

Cuando Trotsky escribía, el 6 de septiembre de 1935: «El absurdo histórico de la burocracia autócrata en una sociedad sin clases no puede sostenerse y no se sostendrá indefinidamente», decía una cosa absurda en lo que se refiere al «absurdo histórico». En la historia no hay absurdos. Una burocracia autocrática es una clase y por consiguiente no es absurdo que ella exista en una sociedad en la cual persisten las clases: la burocrática y la proletaria. Si la URSS fuese una «sociedad sin clases», sería también una sociedad sin autocracia burocrática y esa autocracia es la resultante de la subsistencia del Estado.

[2] Estudio de las causas de las cosas.

Es por su calidad de partido dominante de la máquina estatal que el partido bolchevique se ha convertido en un centro de atracción para los elementos pequeñoburgueses arribistas y para los obreros perezosos y oportunistas. La plaga burocrática no se inició, en los hechos, con el estalinismo, pues es simultánea a la dictadura bolchevique. Basta leer las noticias de 1918 y 1919, publicadas en la prensa bolchevique.

El *Wecernia Izvestia* del 23 de agosto de 1918, hablando de la desorganización del servicio postal, constata que a pesar de la disminución en un 60% de la correspondencia, el número de empleados, comparado al período anterior de la revolución, había aumentado un ciento por ciento.

Pravda del 11 de febrero de 1919 señala la continua creación de nuevas oficinas, de nuevas instituciones burocráticas, para las cuales se ha nombrado y estipendiado los empleados antes que las nuevas organizaciones comenzaran a funcionar. «Si todos estos nuevos empleados —dice *Pravda* del 22 de febrero de 1919— invaden y ocupan palacios enteros, por su número efectivo les serían suficientes algunas pocas estancias».

El trabajo se hace lento y obstruccionista, incluso en las oficinas con funciones industriales. «Un encargado del Comisariado de Lipetzk —cuenta *Izvestia* del 29 de noviembre de 1918— para comprar nueve *puds* de clavos al precio de 417 rublos ha debido expedir veinte escritos, obtener cinco órdenes y 13 firmas, para lograr las cuales ha debido hacer antecámaras de dos días, pues los funcionarios que debían firmar eran inencontrables». *Pravda* (nº 281) denunciaba «la invasión en nuestro partido de elementos pequeño-burgueses» que hacían expropiaciones «para uso personal». En el nº del 2 de marzo de 1919 el mismo periódico constataba:

> «Es necesario reconocer que en los últimos años algunos compañeros, que no eran miembros del PC en los primeros tiempos, han comenzado a recurrir a métodos de trabajo que son inadmisibles en nuestro partido. Admitir como sistema el uso de no con-

siderarse atado a la opinión de las organizaciones locales, por cuanto tienen órdenes de actuar personalmente, en base a un mandato bastante limitado, y ordenar a diestra y siniestra, por ejemplo. De allí se origina una tensión latente entre el centro y la periferia, imponiendo con su dictadura individual vejaciones varias».

Hablando de la provincia de Pensa, el Comisario del Interior, decía:

«Los representantes locales del Gobierno central se conducen, no como los representantes del proletariado, sino como verdaderos sátrapas. Una serie de hechos y de pruebas atestiguan que los únicos representantes del Gobierno se presentan armados ante la gente más pobre, llevándola presa y con ella todo lo necesario, amenazando de muerte en el caso de protestas, castigando a golpes. Los objetos robados son revendidos, y con esos dineros se organizan borracheras y orgías». (*Wecernia-Izvestia*, 12 de febrero de 1919).

Otro bolchevique, Mescerikov, escribía:

«Cada uno de nosotros ve todos los días infinitos casos de violencia, vejaciones, corrupciones, ocio, etc. Todos sabemos que en nuestras instituciones soviéticas han entrado en masa, pícaros y holgazanes. Todos lamentamos su presencia en las filas del partido, pero no podemos hacer nada para limpiarnos de esta impureza [...] Si una institución expulsa un pícaro, se encuentra pronto otra que lo toma y le da un puesto de responsabilidad. En vez de ser castigado, termina por ser promovido». (*Pravda*, 5 de febrero de 1919).

En un discurso pronunciado en el Octavo Congreso del Partido Comunista ruso (11-12 de marzo de 1919), Lenin confesaba:

«Vemos por todas partes arribistas, aventureros, que se han introducido entre nosotros. Ellos se llaman comunistas, pero en realidad buscan engañarnos sobre sus verdaderas ideas. Eso sí,

están pegados a nosotros, porque nosotros somos el poder y porque los elementos burocráticos más honestos rehúsan colaborar con nosotros a causa de sus ideas atrasadas, mientras ellos no tienen ni ideas ni honestidad: son exclusivamente de reclame».

El gobierno bolchevique se ha demostrado impotente frente a la burocracia, pletórica, parasitaria, prepotente y deshonesta.

En 1927 la Federación rusa de obreros de la alimentación tenía 4.287 empleados para sus 451.720 socios y el sindicato de metalúrgicos de Moscú alcanza a 700 funcionarios para 130.000 carnets sindicales (*Trud*, 12 de junio de 1928).

Esta plétora burocrática no responde a una intensa y eficaz actividad administrativa.

«La dirección del aparato soviético, de la base al más alto grado, tiene un carácter papelero. El comité provincial manda habitualmente una o dos circulares al día sobre todas las cuestiones imaginables, y estima haber así agotado sus obligaciones. El número de las circulares que dan las directivas recibidas en las células, oscila, en ciertos lugares, de 30 a 100 por mes». (*Pravda*, 7 de junio de 1925).

Un alto funcionario, Dzerginsky, escribía:

«Se solicitan de las empresas las más diferentes informaciones, informes, datos estadísticos, formando en conjunto un torrente de cartas que obliga a mantener un excesivo personal y asfixia el trabajo más vital: se crea un mar de cartas en el que se enredan centenares de personas; la situación de la contabilidad y de la estadística es simplemente catastrófica; las empresas soportan con disgusto el fardo de proveer informaciones bajo docenas y centenas de formas diferentes. Se mide ahora la contabilidad al peso». (*Pravda*, 23 de junio de 1926).

Una oficina forestal reclama un cálculo de las perdices, de las liebres, osos, lobos, etc., vivientes en el sector del funciona-

rio consultado, y esto en el plazo de una semana (*Krasnaia Gazeta*, 14 de mayo de 1926).

La dirección provincial de la agricultura de Viatka prescribe al comité ejecutivo del cantón contar los gusanos de la tierra encontrados en el campo (*Pravda*, 1 de marzo de 1928).

El informe del Comisariado de Comercio, contiene 27.000 solicitudes; un informe agrícola ucraniano contiene 20.000 (*Izvestia*, 11 de diciembre de 1927). Un comité ejecutivo local envía al soviet del pueblo un cuestionario con 348 preguntas, y esto, durante la siega del grano (*Pravda*, 18 de abril de 1928). El instituto de agronomía experimental publica una hoja de encuesta de seis metros de largo y totalmente llena de interrogaciones sobre tractores (*Diednota*, 1 de abril de 1929).

En el XV Congreso del Partido, Stalin citó el caso, entre otros muchos, de un mutilado que ha debido esperar siete años un aparato de prótesis. Un obrero que debe hacer una reclamación contra la administración de una empresa, debe pasar por 24 formalidades burocráticas (*Trud*, 14 de enero de 1928). Una oficina procesa 210 contratos por operario admitido, y esto a pesar de que el personal es muy inestable (*Trud*, 5 de agosto de 1928). Un reloj importado en URSS pasa en la aduana a través de 142 formalidades (*Izvestia*, 9 de diciembre de 1928). Un inventor, llegado a Moscú para experimentar un descubrimiento, debe hacer un trámite para obtener una habitación. Después de un año y medio aún no la ha obtenido, pero ha reunido un conjunto de hojas burocráticas relativas a dicho trámite: 400 documentos (*Vetchernaia Moska*, junio de 1929).

Los funcionarios del partido están sobrecargados de tareas. Kamenev, antes de ser despedido, era miembro del Comité Central y del Bureau político del Partido, presidente del Consejo del Trabajo y de la Defensa, presidente del Soviet de Moscú, vicepresidente del Consejo de Comisarios del Pueblo, miembro de la presidencia colectiva del Consejo Económico Superior, miembro del Comité Central ejecutivo de la Unión y del Comi-

té ejecutivo del Soviet de la República, director del Instituto Lenin, codirector de *Bolchevik*, revista oficial del Partido, y ciertamente la lista de sus tareas o cargos no está completa. Hasta los pequeños dirigentes están sobrecargados de tareas y de todo tipo de cargos. Un joven comunista declaraba ocupar él solo dieciséis cargos (*Pravda*, 21 de marzo de 1925).

Con una burocracia tan pletórica, con un mecanismo administrativo tan complicado, con un control tan mínimo y natural, se explica que el latrocinio sea una de las características de la vida burocrática de Rusia. Un alto funcionario sindical, Dogadov, refería al Consejo Central de los sindicatos en 1925, que casi la mitad (47%) del presupuesto de la confederación sindical rusa (700 millones de rublos) lo devoraban los funcionarios (*Pravda*, 9 diciembre de 1926). En un año 5.323.000 rublos eran dilapidados en las cooperativas (*Torgovo-Promychlenaia Gazeta*, 23 de mayo de 1926). Toda la prensa bolchevique de los años siguientes está llena de noticias de las dilapidaciones burocráticas en las cooperativas. Tomsky, ahora presidente de la confederación de los sindicatos rusos, decía en el VIII Congreso de la central sindical:

> «Dónde se roba... por todas partes: en los comités de fábricas, en las cajas de mutuo socorro, en los círculos, en las secciones regionales, departamentales y distritales; por todas partes, en una palabra. Existe incluso una rúbrica con el título: "Desconocido", si es robado en alguna parte, pero no sabemos dónde. ¿Y quién roba? Para mayor vergüenza de nuestra entidad, debo decir que los presidentes son capitalistas. ¿Cómo se reparten los robos desde el punto de vista político? De manera desigual entre comunistas, y también entre personas de las cuales es "desconocida" su orientación política. Por lo que concierne a la juventud, la situación es angustiosa. El activo sindical no comprende, en ningún nivel, más del 9% de los jóvenes, pero en cuanto a ladrones, llega al 12,2%».

En noviembre de 1935, *Il Risveglio* de Ginebra publica la carta de un empleado de hotel en el cual, entre otras cosas, se lee:

«En 1925, en marzo, durante una feria internacional de Lyon, me encontraba en el Nouvel Hotel, donde el propietario, fascista al ciento por ciento, había recibido con los honores correspondientes a la misión soviética. Ocuparon las mejores habitaciones, que el propietario hacía pagar a 120 francos al día por persona, precios que en aquella época eran exorbitantes, pero que los bolcheviques pagaban sin discutir. Y bien, he podido constatar que ellos tenían los mismísimos vicios de la nobleza rusa. A la cena, en la mesa, se embriagaban de coñac, y en nombre de la dictadura del proletariado se hacían servir los mejores vinos de Burdeos».

El «decoro» conduce a las costumbres lujosas y viciosas, y esas costumbres conducen a la corrupción.

Pravda del 16 de octubre de 1935, denunciaba dos casos de corrupción burocrática dignas de ser señaladas:

«La Industria forestal, órgano del Comisariado del Pueblo para la Industria Forestal, había recibido dinero, en forma ilícita, del trust Ukrqiness, del Departamento de Combustibles, del Comisariado de Vías y Comunicaciones, y de otras organizaciones económicas. La *Industria ligera*, órgano del Comisariado del mismo nombre, había recibido dinero, siempre ilícitamente, de la administración de la industria local de Kiev, del departamento algodonero del Comisariado de Agricultura, del *trust* de algodón y del *trust* del cuero y de la piel».

Los diarios rusos están llenos de noticias relativas a la corrupción de la burocracia, y de informaciones sobre «la depuración del partido». Efectivamente la depuración consiste en la eliminación de los elementos que «no están en la línea». He aquí algunos casos típicos, extraídos de *Bolchevistskaia Petchat* (números 13 y 14 de 1935). Ha sido revocado el redactor en jefe de *Kommunist* de Seratov, secretario de la sección local del partido comunista, no porque —según el periódico— seguía una «línea política equivocada», sino porque el jefe de

personal Davidovov había dado pruebas de su «criminal negligencia», enrolando correctores y redactores de origen no proletario o sospechoso: Goverdovski «cuyos padres habían sido expulsados de Moscú»; la ciudadana Znamenskaia «hija de un oficial blanco muerto en el curso de la guerra civil»; la ciudadana Gonciarenev, expulsada de Moscú como contrarrevolucionaria; el literato Lardi, «expulsado del partido por descomposición completa (sic), ex-noble, con una tía en Polonia»; el fotógrafo Kruscinski, expulsado del partido por haber estado en Letonia sin autorización y teniendo parientes en ese país; la ciudadana Rounguis, pariente de una mujer condenada por participar en una asociación de bandidos.

Los funcionarios un poco independientes y los cuales son más honestos y capaces, son eliminados sistemáticamente, mientras permanecen en sus puestos los oportunistas, casi todos venales e incapaces.

Incluso los cargos del partido se han convertido en sinecuras estables. La rotación de los elementos dirigentes está actualmente abolida. Mientras los estatutos del partido comunista ruso establecieron que cada año se cambiarían los dirigentes del partido, de los sindicatos y de los soviets, cierto Kakhiiani fue durante ocho años seguidos secretario del Comité Central del partido comunista georgiano.

Todo este estado de cosas favorece a la consolidación de la burocracia y de la tecnocracia como clase.

En su libro *Vers l'autre flamme* (Hacia la otra llama), aparecido en París en 1929, Panait Istrati exponía con cifras esta situación, describiendo las diversas proporciones en las cuales las distintas clases del pueblo ruso habían ahorrado y depositado sus ahorros en las cajas durante el año 1926: el 12% eran ahorros de obreros, el 3,6% campesinos, mientras los funcionarios y otras categorías no especificadas habían depositado el 56,7%.

La nueva categoría de los jefes obreros y de los obreros especializados «estajanovistas» viene a sostener la nueva burgue-

sía técnico-burocrática. Los obreros no especializados constituyen el verdadero proletariado industrial. En 1935 el salario medio de aquella categoría, si se consideran los precios de la alimentación en ese mismo año, era un salario de hambre, porque estaba en 100 y 150 rublos mensuales. En Moscú por ejemplo, un kilo de pan blanco costaba de 2 a 6 rublos, la carne costaba de 10 a 15 rublos el kilogramo, y un kilogramo de manteca de 28 a 30 rublos. Un billete de tranvía de 10 a 25 copecs (es decir un cuarto de rublo), y un billete de metro 50 copecs (es decir, medio rublo).

Izvestia del 9 de mayo de 1935 anunciaba que un jefe de taller de los altos hornos de Krivoirog (Ukrania) había recibido por salario (mes de abril) 3.300 rublos. *L'Humanité*, cotidiano bolchevique de París, en su número del 16 de diciembre de 1935 hablaba de un obrero que percibía 4.361 rublos en 24 días y de un operario que había recibido 233 por un solo día de trabajo.

El 15 de diciembre de 1935 *L'Humanité* anunciaba que las cajas de ahorros de la URSS tenían una reserva de 4.256.000 rublos superior al 1 de diciembre de 1934. En 1936 (del 1 de enero al 11 de mayo) el total del ahorro ha aumentado 403 millones de rublos contra 261 millones por el período correspondiente a 1935. Los señores Lewis y Abramson, que han estado en Rusia por cuenta del BIT (Bureau Internationale du Travail) de Ginebra, han recientemente publicado un informe que confirma la acentuación de la diferenciación en los salarios industriales. «En la industria metalúrgica —informan— la escala de salarios más frecuentemente aplicada comprende ocho clases (o categorías). La tarifa del obrero menos calificado está representada por el coeficiente 1, y el de la clase siguiente por el coeficiente 1,15 y progresivamente 1,32, 1,51, 1,83, 2,17, 2,61 y finalmente 3,13».

Trabajo a destajo, escala de salarios, sistema de premios: todo esto está creando una pequeña burguesía que sostiene la burguesía media técnico-burocrática y retarda la «tercera re-

volución», preconizada por la opinión revolucionaria, consolidando la dictadura de un clan.

Este fenómeno de reconstitución de las clases «mediante el Estado» ha sido previsto por nosotros, y denunciado claramente. La oposición leninista no consigue profundizar el examen etiológico del fenómeno, y es porque no alcanza a revisar la posición leninista frente al problema del Estado y la revolución.